

Año LXXVIII. urtea

268 - 2017

Mayo-agosto
Maiatza-abuztua



Príncipe de Viana

SEPARATA

‘Abd al-Rahman ibn
Muhammad, Sanchuelo,
hijo de Almanzor y nieto
de los reyes de Pamplona

Alberto CAÑADA JUSTE

Sumario / Aurkibidea

Príncipe de Viana

Año LXXVIII · n.º 269 · septiembre-diciembre de 2017
LXXVIII. urtea · 269. zk. · 2017ko iraila-abendua

HISTORIA

- ‘Abd al-Rahman ibn Muhammad, Sanchuelo, hijo de Almanzor y nieto de los reyes de Pamplona
Alberto Cañada Juste 745
-
- El linaje navarro de los Murieta y sus vínculos con la Orden del Temple
Salvador Remírez Vallejo 779
-
- Bandidaje y violencia fronteriza en la merindad de Sangüesa (siglos XIII-XIV)
Mikel Ursua Lizarbe 807
-
- Felipe de Aragón y de Navarra, hijo natural de Carlos de Viana y maestre de Montesa
Juan Boix Salvador 831
-
- Auzia Aranatzan XVI. mendean: herri lurrak, kontzeju edo batzarrak eta zenbait datu onomastiko eta demografiko
Jose Luis Erdozia Mauleon 865

LINGÜÍSTICA

- La iniciativa esperantista navarra
Ricardo Gurbindo Gil 905

MÚSICA

- El falcesino fray Benito de Navarra (ca. 1610-después de 1679), maestro de capilla de San Bartolomé de Lupiana (Guadalajara)
Alfonso de Vicente Delgado, Ernesto Morejón 939
-
- Una música para el pueblo: los precedentes de la banda de música municipal La Pamplonesa (1833-1919)
Rebeca Madurga Continente 979

Sumario / Aurkibidea

Curriculums	1017
Analytic Summary	1021
Normas para la presentación de originales / Idazlanak aurkezteko arauak / Rules for the submission of originals	1025

‘Abd al-Rahman ibn Muhammad, Sanchuelo, hijo de Almanzor y nieta de los reyes de Pamplona

‘Abd al-Rahman ibn Muhammad, *Antso txikia*: Al-Mansur-en seme
eta Iruñeko erregeen biloba

‘Abd al-Rahman ibn Muhammad, Sanchuelo: son of Almanzor and grandson
of the monarchs of Pamplona

Alberto CAÑADA JUSTE
Doctor en Historia
acanadajuste@hotmail.com

Recepción del original: 30/10/2017. Aceptación provisional: 06/12/2017. Aceptación definitiva: 18/01/2018.

RESUMEN

La figura de Almanzor es sobradamente conocida y se ha escrito bastante sobre la época en que detentó el poder omnímodo en la España musulmana. No son tan conocidos los hechos ocurridos en la corte cordobesa durante el gobierno, también absoluto, de sus hijos ‘Abd al-Malik al-Muzaffar y ‘Abd al-Rahman «Sanchuelo». Este trabajo pone al día la historia de su breve mandato, en particular el de «Sanchuelo», llamado así por ser su madre hija del rey Sancho II Garcés de Pamplona. No fue una figura atractiva para los musulmanes cordobeses, que a los cuatro meses de su proclamación le derrocaron y acabaron con su vida. Lo trascendental de este final es que el poder en la Península pasó de manos del califato musulmán a los reinos cristianos del Norte.

Palabras clave: Almanzor; Al-Muzaffar; Sanchuelo; Hisham II; Califato de Córdoba.

LABURPENA

Al-Mansur pertsona zeharo ezaguna da eta Iberiar Penintsulako lurralde musulmanetan botere erabatekoa izan zuen garaiari buruz aski idatzi da. Ez dira horrenbeste eza gutzen Abd al-Malik al-Muzaffar eta Abd ar-Rahman *Antso txikia* gobernuan, hauek ere modu absolutuan, izan ziren aldian Kordobako gortean izandako gertakariak. Lan honek eguneratu egiten du agintaldi labur honen historia, bereziki *Antso txikiarena*. Hala esaten zioten, ama Iruñeko Antso II.a Garzeitz *Abarkaren* alaba zuelako. Ez zen agintari erakargarria izan Kordobako musulmanendako, aldarrikatu eta lau hilabetera kendu eta hil egin baitzuten. Bukaera honek izan zuen bere garrantzia: boterea penintsulan kalifa-herri musulmanetik Iparraldeko kristau erreinuetara pasatu zen.

Gako hitzak: Al-Mansur; Al-Muzaffar; Antso txikia; Hixam II.a; Kordobako Kalifa-herria.

ABSTRACT

The figure of Almanzor is widely known and much has been written about the period in which he held absolute power in Muslim Spain. Not so much is known, however, about events in the Court of Cordoba during the rules, also absolute, of his sons ‘Abd al-Malik al-Muzaffar and ‘Abd al-Rahman «Sanchuelo». This article fills readers in about their brief terms in power, particularly that of «Sanchuelo», so called because his mother was the daughter of King Sancho II Garcés of Pamplona. He was not an attractive figure for the Muslims of Cordoba, who overthrew and executed him only four months into his rule. The wider-reaching significance of his downfall was that power on the peninsula passed from the hands of the Muslim caliphate to the Christian kingdoms of the north.

Keywords: Almanzor; Al-Muzaffar; Sanchuelo; Hisham II; Caliphate of Cordoba.

1. INTRODUCCIÓN. 2. EL PADRE: ALMANZOR. 3. LA MADRE: ABDA. 4. NACIMIENTO E INFANCIA DE SANCHUELO. 5. EL ENIGMA DE QASHILIYA. UNA POSIBLE EXPLICACIÓN. 6. LA INFANCIA Y JUVENTUD DE SANCHUELO. 7. ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DE SANCHUELO. 8. MUERTE DE ALMANZOR. 'ABD AL-MALIK AL-MUZAFFAR. 9. LAS CAMPAÑAS DE 'ABD AL-MALIK Y SU CORTO MANDATO (1002-1008). 10. MUERTE DE 'ABD AL-MALIK Y BREVE JUICIO SOBRE SU MANDATO. 11. SANCHUELO SUBE AL PODER. 12. LA TITULACIÓN DE 'ABDERRAHMAN IBN AL-MANSUR COMO SUCESOR AL CALIFATO. 13. EL BREVE GOBIERNO DE 'ABDERRAHMAN SANCHUELO (NOVIEMBRE 1008-FEBRERO 1009). 14. LA CAMPAÑA DEL LODO Y SU FRACASO. 15. LA REVUELTA DE MUHAMMAD IBN HISHAM AL-MAHDÍ. 16. EL REGRESO Y LA EJECUCIÓN DE SANCHUELO. 17. CONCLUSIONES. 18. LISTA DE REFERENCIAS. 19. FUENTES ÁRABES.

1. INTRODUCCIÓN

La figura de Almanzor es bien conocida y ha sido objeto de muchas biografías y tema de monografías históricas, por el importante papel que desempeñó en la corte cordobesa de los omeyas y en los reinos de la España cristiana del siglo X.

No ocurre lo mismo con sus dos hijos y sucesores en el gobierno de al-Andalus, 'Abd al-Malik al-Muzaffar y 'Abd al-Rahman Sanchol, este último así apodado por su ascendencia materna, procedente de la corte del reino de Pamplona. Su figura, así como la de su hermano al-Muzaffar, ha quedado oscurecida por la fuerte personalidad de su padre, Almanzor, lo que hace que tengamos pocas referencias acerca de lo que fue su vida. A ellos, pero principalmente a Abderrahman Sanchuelo, va dedicado el presente trabajo.

2. EL PADRE: ALMANZOR

Este importante gobernante de la España islámica y califal de finales del siglo X vino al mundo en la fortaleza de Torrox, en la bahía de Algeciras, en el año 939, donde su familia tenía algunas posesiones, desde que un antepasado suyo, 'Abd al-Malik, tomó parte en el desembarco de Tariq ibn Ziyad en el año 711 en Gibraltar, para comenzar la conquista de la península ibérica.

El nombre completo de este personaje era Abu 'Amir Muhammad ben 'Abd Allah ben Muhammad ben 'Abd Allah ben 'Amir ben Muhammad ben al-Walid ben Yazid ben 'Abd al-Malik, al-Ma'afirí, al-Mansur. Este nombre se compone de una *kunya*

(Abu ‘Amir), formada con la palabra Abu (padre), seguida del *ism* (Muhammad), que es el nombre que lleva el niño desde que nace, la larga lista de antepasados (*nasab*), en este caso ocho, hasta detenerse en ‘Abd al-Malik, el conquistador de Carteya, en la bahía de Algeciras y Gibraltar, quien lleva el apelativo de *al-Ma’afirí*, que constituye la *nisba* o denominación de origen; así se sabía que la genealogía paterna derivaba de la tribu de Ma’afir, originaria de Yemen, por lo que eran árabes del sur y se sentían orgullosos de serlo. A esta serie de nombres se añadiría después el *laqab*, o título honorífico, para el que adoptó el sobrenombre de *al-Mansur* (el Victorioso), debido a los muchos triunfos que fue obteniendo sobre sus enemigos. En los primeros años de su carrera se le conocía por Muhammad ibn Abi ‘Amir, hasta que ordenó que se le diese el título honorífico de al-Mansur. A su antepasado Ibn Abi Amir deben él y sus hijos el nombre genérico de ‘*amiríes* con que son conocidos en los textos históricos.

Siendo muy joven se trasladó a Córdoba para estudiar leyes, el Corán, las tradiciones y el perfeccionamiento de la lengua árabe, en la que era muy versado, hasta el punto de proteger sobremanera a aquellos poetas que le agradaban. Sus principios fueron muy modestos, pero se fue fraguando un porvenir muy estable ya en tiempos del califa al-Hakam II (961-976), pues comenzó por ganarse la confianza de la sultana madre Subh, una vascona que había ido a parar al harén del califa y le había dado los dos únicos hijos que tuvo al-Hakam, de los cuales solo sobrevivió uno, Hisham, que llegó a ser califa (976-1013) bajo el dominio de Almanzor y sus hijos hasta 1009. La carrera de Ibn Abi ‘Amir en la corte constituyó una serie de ascensos sin un paso atrás; ya antes de morir el califa al-Hakam, en 975 fue destinado al Magreb, acompañando al ejército califal andalusí que pugnaba por la conquista del territorio, con importantes cantidades de dinero para sobornar a los cabecillas bereberes y atraerlos a la causa de los omeyas de Córdoba, y cumplió su misión tan diestramente que regresó cargado de honores ante la corte del califato; pero lo que es más importante, el joven jurisconsulto, que iba bien encaminado para ser cadí de Córdoba, había tomado contacto con los generales en Marruecos, y ello motivó que su vocación fuera militar para el resto de su vida. A la muerte de al-Hakam (976) y su llegada al poder, lo que le fue fácil a través de sus influencias en la corte y su propia valía, ante el peligro ofensivo de los reinos cristianos, se obsesionó con llevar a cabo la guerra santa (*yihad*), de tal manera que desde 977 hasta 1002 encabezó cincuenta y dos expediciones contra los reinos cristianos del norte, más otras cuatro contra el Magreb, aunque en estas sin llegar a pasar de Algeciras.

En una de estas expediciones, la que denominaron Campaña de las Tres Naciones, pues se habían confabulado contra los musulmanes los leoneses, los castellanos y los navarros, las tropas de Almanzor salieron de Córdoba el 1 de junio de 982 y regresaron el 4 de agosto del mismo año. Un relato del itinerario de la campaña se nos transmite en el anónimo *Dikr*, que, por su brevedad, copio literalmente (Molina, 1983, t. II, p. 198; Ruiz, 1968, pp. 61-62): «La decimosexta, la de Qastiliya, Munt Baliq, Gerona y su territorio. Destruyó las murallas de Qastiliya, conquistó sus castillos y obligó a pactar a su rey, que le dio a su hija en matrimonio. De allí se dirigió al país de los Ifrany (catalanes), donde conquistó el castillo de Munt Fariq, Gerona y su territorio».

Esta es la única expedición en la que se relata la entrega de la hija de un rey a Almanzor como resultado de una *aceifa* o expedición bélica de verano. Lo extraño es que se hable de un rey de *Qastiliya* cuando estaba en territorio de los vascones.

3. LA MADRE: ABDA

Estos hechos transcurrían en el año 982, y en ese año el rey de los vascones no era otro que Sancho Garcés II (970-994), llamado *Abarca* por los historiadores (Cañada, 2012, p. 130). Los autores árabes dicen que la hija de Sancho, instalada en Córdoba, se islamizó, tomando el nombre de Abda, fue una de las mujeres más queridas y apreciadas de Almanzor y dio a este un hijo al que se impuso el nombre de 'Abd al-Rahman, el cual fue conocido popularmente por el nombre de «Sanchol» (el pequeño Sancho) debido al nombre de su abuelo pamplonés. Este nombre, plenamente mozárabe, fue cambiado en «Sanchuelo» por los historiadores posteriores, con la diptongación de la letra «o», muy propia de la lengua castellana, y así será denominado en lo sucesivo. Por hechos posteriores podremos ver que Almanzor se cuidó mucho de su educación guerrera y no de la humanística y religiosa que él había cultivado en sus primeros tiempos. Nada volvemos a saber de la princesa Abda, de la que los cronistas cristianos ni siquiera hacen mención.

Por mi parte, quisiera permitirme alguna especulación acerca de la identidad de esta misteriosa y silenciosa princesa. Sabemos que Sancho II Abarca tuvo, al menos, tres hijos varones: su sucesor en el trono de Pamplona, García Sánchez II, el Tembloroso (994-1000), Ramiro y Gonzalo. Hay un documento procedente de la colección diplomática de Leire, que con el número 11 se transcribe en la edición de Martín Duque y que, fechado en 15 de agosto de 981, se refiere a la donación al monasterio de la heredad de Apardués y sus dependencias, propiedad del príncipe Ramiro Garcés, «rey de Viguera» y hermano del rey Sancho II, que había muerto en lucha contra Almanzor el 9 de julio de 981, en los campos sorianos de San Vicente (hoy Torre Vicente). El documento, a pesar de sus torpezas, como corresponde a las copias de época tardía, presenta características de autenticidad. Transcribo literalmente las firmas de confirmantes que aparecen después de las de los reyes Sancho y Urraca (Martín Duque, 1983, doc. 11):

Garsea Sanccionis rex confirmans. Eximina Regina confirmans. Renemirus, prolis regis in Christi auxilio, confirmans. Gundesalbo, prolis regis in Dei auxilio, confirmans. Sanccio Ranemirus [hijo del difunto Ramiro], confirmans. Garsea Ranemirus [hijo del difunto Ramiro], confirmans. Domna Sanccia Sanccionis, confirmans [aquí termina la primera columna]. Sisebutus, in Christi potentiaepiscopus, confirmans. Atus, episcopus in Christi benedictione, confirmans. Uincencius, episcopus in Christi auxilio, confirmans [aquí termina la segunda columna y empieza la tercera, compuesta por once nobles cuyos nombres se expresan].

Por la simple lectura del párrafo anterior, se puede suponer que doña Sancha Sánchez era hija de los reyes Sancho y Urraca, que los cuatro eran ya mayores de edad y que los reyes no tendrían hijos posteriormente. Figura en la primera columna, antes de los

obispos, y es la única mujer. Además, hemos de considerar que la muerte de Ramiro, rey de Viguera, ocurrió en el verano de 981, el pacto de amistad y no agresión entre Ibn Abi Amir y Sancho II de Pamplona tuvo lugar en el verano de 982, y la princesa no fue entregada antes de esa fecha a Córdoba. Mi opinión particular es que la cordobesa Abda y la pamplonesa Sancha Sánchez eran una misma persona.

Y ahora una consideración más acerca de esta señora: ¿Cuál sería su posición social en la corte cordobesa? Carecemos de información acerca del papel de las grandes damas de la corte cordobesa, aunque nos han llegado algunas noticias acerca del poder que alcanzaron varias de ellas, dependiendo fundamentalmente de la debilidad del califa. No es este el caso de Abda, de la que no se conocen detalles en concreto de su vida, pero probablemente tendría una alta consideración, pues no era una pobre esclava producto de las rapiñas en las conquistas de población. Es muy posible que para Almanzor se tratara de un enlace nada menos que con la hija de un rey, una princesa, lo cual le enaltecía, cuando estaba todavía en los principios de su fama y poder. El hecho de que Abda se convirtiera al islam ayudaba a ello. ¿Y para los reyes de Pamplona? También suponía un enlace de categoría, unas buenas relaciones con Córdoba, donde el poder del *hayib* ‘amirí era ya absoluto; en definitiva, habrían hecho un buen casamiento. El hecho es que la firma de la tregua supuso la paz para Navarra durante unos nueve años.

4. NACIMIENTO E INFANCIA DE SANCHUELO

Según van transcurriendo los hechos, se puede pensar que nacería en Córdoba al año siguiente de la firma del pacto, esto es, en 983. Desconocemos todo lo relativo a la infancia de Sanchuelo hasta llegar a la edad de nueve años, cuando recibió en Córdoba la visita de su abuelo Sancho. Lo que sí podemos suponer es que su infancia transcurriría en la lujosa residencia de az-Zahira (la Brillante), que Almanzor se hizo construir por aquellos años en las afueras de Córdoba.

Pero no procede seguir adelante sin tratar de averiguar qué Castilla era la que se encontraba en el territorio de los vascones o a la entrada del mismo, según se desprende del relato de la campaña de las Tres Naciones, en la que parece ser que Sancho II Abarca se enfrentó a Almanzor.

5. EL ENIGMA DE QASHTILIYA. UNA POSIBLE EXPLICACIÓN

En la citada campaña de las Tres Naciones, de dos penetraciones (Pamplona y Barcelona) se cita *Qashtiliya*, donde conquistó sus castillos y obligó a pactar a su rey.

En otra campaña, la de Osma y Alcobilla (verano de 989), «sometió y arrasó el país de Castilla (*Qashtala*), llegando hasta el país de los vascones». Aquí observamos que Osma y Alcobilla son de Castilla, pero no evita citar al país de los vascones. No creo que esta Castilla fuera la citada anteriormente, sino la del conde Garci-Fernández (970-995).

La campaña del verano de 991 cita Briones, Nájera y Cenicero (Cañada, 1993, pp. 30-31); arrasó Briones y «acampó ante *Qashtiliya* y la cercó durante unos días hasta que consiguió tomarla por las armas; de allí se trasladó al país de los vascones, donde destruyó muchos castillos». Finalmente regresó a Córdoba con cinco mil cautivas. Esta no puede ser la Castilla condal, se trata de una ciudad, está muy cerca del Ebro y de la actual Rioja y del territorio de los vascones o a su entrada.

Hay otra cita de Castilla, pero esta es con referencia al año 995 en el que el conde Garcí-Fernández perdió la vida en un encuentro casual con un destacamento de caballería musulmana cerca de las orillas del Duero (Molina, 1983, vol. II, pp. 198-201).

Finalmente, aunque Almanzor hizo más incursiones por tierras de los vascones, no se cita la Castilla incógnita, salvo con ocasión de la batalla de Cervera (29 de julio del año 1000). En aquella batalla estuvo a punto de perder el invencible Almanzor la única de las cincuenta y dos campañas en las que se enfrentó a los cristianos. Nos informa Ibn al-Jatib en sus *A'mal al-a'lam* (Hoenerbach, 1970, p. 172) que, después de la batalla, al-Mansur dispuso el avance sin demora:

cayó sobre Castilla (*fiel in Kastilien ein*), descargó su furia, de suerte que no perdonó a nadie, ni nada preservó; marchó hacia Zaragoza y desde allí regresó a «Castilla» (*Kastilien*) cuyo país atacó por sorpresa en el día de la ruptura del ayuno del mismo año; su próximo objetivo fue Pamplona. Aquí realizó toda clase de proezas –ni los «navarros» (*Navarreser*) ni los «castellanos» (*Kastilier*) osaron hacer acto de presencia– y emprendió el regreso a Córdoba, llegando tras ciento nueve días de ausencia.

Como se ve, unas veces se trata de la Castilla de los condes castellanos y otras de una Castilla ciudad bien fortificada, que parece estar situada en el camino desde el Ebro al territorio de los vascones, incluso con citas de Pamplona y aun de Zaragoza, según los casos. En mi estudio sobre Córdoba y Pamplona (Cañada, 1992, pp. 379-380) en la época de Almanzor, arriesgué la hipótesis de que, en el supuesto de que *Qashtiliya* fuera una población o plaza fuerte de importancia en el camino de la Rioja Alta a Navarra, el camino pasaría necesariamente por Logroño, y después por Estella a Pamplona, como lo hace el Camino de Santiago, ya utilizado en aquella época; y siguiendo por el camino de las hipótesis, llegué a suponer que la población de Cantabria, situada en lo alto del cerro que aún lleva su nombre, frente a Logroño y en la otra orilla del Ebro, de la que hoy en día no quedan más que ruinas, pudiera haber sido la misteriosa «Castilla» devastada por Almanzor.

El problema ya había sido abordado alguna vez; según puede observarse en el trabajo de L. Molina (1981, p. 247), había una opinión tradicional que se refiere a la ciudad de Estella cuando el topónimo *Qashtiliya* se refiere a una población fortificada, aunque no cita las fuentes de dicha opinión tradicional. En definitiva, concluye que «*a priori* y sin otros datos, es imposible saber la correspondencia exacta del topónimo *Qashtiliya*». Lo cierto es que en las *aceifas* que a lo largo del siglo IX se dirigieron contra lo que después fue la Castilla condal, este territorio, con el de Álava, recibía la denominación de *Alaba wa- l-Qilah* (Álava y los Castillos).

Por mi parte, añadiré que en la obra de Muhammad al-Edrisí titulada *Nuzhat al-Mushtaq*, dedicada en 1154 al rey normando Roger II de Sicilia, sí que se cita una Castila en la ruta de Nájera a Pamplona. Veamos cómo.

En la traducción de P. A. Jaubert (1836-1840/1975, pp. 233-234) se lee este itinerario:

De Burgos a Nayira (Nájera), villa bien poblada, 1 jornada; de allí a Castila (¿Estella?), plaza fuerte, habitada por una población bella, valiente y vigilante, 1 jornada; de allí a Munt Lerina (Punt Larreina), plaza fuerte rodeada de muchas viñas y extensas dependencias, 1 jornada; de allí a Pamplona, 1 jornada. De Pamplona a Bayona, siguiendo la costa del mar, se cuentan dos jornadas.

Esta traducción ha sido bastante criticada por el gran maestro Dozy, al juzgar que los conocimientos de la lengua árabe de Jaubert eran limitados, pero lo cierto es que la traducción conjunta Dozy-De Goeje (1866) es incompleta, al menos la que ha llegado hasta nosotros, y no figura la descripción del quinto clima, que es el que interesa.

Y, para terminar, nos queda la traducción de J. A. Conde (1799, p. 121). Este historiador español sí que ha sido desautorizado por Dozy; es cierto que su obra contiene grandes errores, pero hay que tener en cuenta la fecha de su publicación, 1799. Era un auténtico pionero en la publicación y traducción de textos árabes y merece un respeto. Inserto la copia que da del itinerario: «De Medina Burgos a Medina Naghera un día, y es ciudad poblada; y de ella a Castila un día; y de Hisn Castila a Hisn-Mont-Larina un día; y de él a Medina Bamblona un día; y de Bamblona a Medina Biona sobre la costa del mar, un día».

Como puede verse, ambas traducciones son prácticamente coincidentes, la de Conde tiene la atención de suministrar también el texto árabe, pero son fieles al texto de Edrisí y este está escrito a mediados del siglo XI, ciento cincuenta años después de las gestas de al-Mansur, lo que le transfiere ciertas cualidades de verosimilitud. De todo ello se deduce que en el camino de Nájera a Pamplona existía una población llamada Castila y después otra llamada Puente la Reina, con una jornada entre ambas de veintitrés kilómetros. Y otra más de Puente la Reina a Pamplona, de veintidós o veintitrés kilómetros en la actualidad, lo cual está de acuerdo con la realidad, no así la jornada de Burgos a Nájera y otra jornada de Nájera a Castila (¿Estella?).

El nombre de Estella ya se utilizaba para la actual población a orillas del Ega en un documento del año 1077 con el nombre de *Stela*, «fecha a todas luces sorprendente» (Martín Duque, 1990, pp. 317-327). En el trabajo que aquí citamos, se afirma que con intervención de los monjes de San Juan de la Peña y del rey Sancho Ramírez (1076-1094) nace una nueva población (*nova populatio*) poblada por francos como *concilium* inmune, siempre al amparo del rey «in burgo quod est subtus illo castello de Lizarrara», en el burgo situado bajo el castillo de Lizarrara. Hay que hacer notar que la villa de Lizarrara existía desde antiguo como centro político militar de la monarquía pamplonesa, que era tenido o regido en nombre y fidelidad del soberano por sucesivos magnates o barones, miembros de la nobleza de sangre. La nueva población, situada cerca del curso del barrio de San Martín, recibía el nombre de *Stela*; ¿desde cuándo?, ¿con qué motivo?

Y llegó a sustituir a la villa y fortaleza de Lizarrara a partir de 1084, citándose ya en esta fecha a Lope Arnal como *senior in Stella*.

El problema sigue sin resolver, pero la cuestión queda planteada para tratar de ser resuelta por otros estudiosos del tema.

6. LA INFANCIA Y JUVENTUD DE SANCHUELO

La tregua firmada por Sancho con Almanzor en 982 dio sus frutos, al menos durante unos años, que permitieron al joven Sanchuelo disfrutar de una infancia feliz, rodeado de toda clase de comodidades y cuidados, aunque con la vigilancia severa de su padre Almanzor. Las relaciones entre navarros y cordobeses debieron de agriarse un tanto, si no en la campaña de Osma y Alcubilla (verano de 989), donde las huestes musulmanas llegaron hasta el país de los vascones, seguro que lo fue en el verano de 991, cuando atacaron Briones, Nájera y Cenicero y después acamparon ante *Qastiliya*, castigando duramente a los súbditos de Sancho de Pamplona. Fuese en el año 991 o en el 992, la rebeldía del vascón Sancho era manifiesta, lo que motivó el cumplimiento de una obligación: el rey de Pamplona debería ir en peregrinación a Córdoba a humillarse ante el todopoderoso Almanzor y rendirle público homenaje.

Y así se hizo. Nos lo refieren un historiador, Ibn al-Jatib, y un poeta, Ibn Darray (Hoenerbach, 1970, pp. 163-164 y 174-175; Makki, 1963-1964, p. 75; La Chica, 1979, poema 107). El relato más exacto y minucioso nos lo da el cronista granadino del siglo XIV Ibn al-Jatib, al que seguimos, advirtiendo que lo relata en dos ocasiones.

En la primera de ellas habla de los éxitos del ‘amirí con los extranjeros. He aquí como lo refiere el citado cronista:

Uno de estos soberanos [Sancho Garcés II de Pamplona] llegó hasta acogerse a su protección, para lo cual le entregó a su hija, que fue acogida amistosamente por al-Mansur, y después se casó con ella; se convirtió al islam y apareció –debido a su fiel religiosidad y noble linaje– como una de sus mejores mujeres. Abderrahman, el hijo habido de ella, llevó por uno de sus tíos maternos [sic] el sobrenombre de Sanchuelo [pequeño Sancho].

No mucho tiempo después, se presentó el regio suegro como visitante y peticionario; su nieto, esto es, el hijo de su hija, ‘Abderrahman [Sanchuelo], hijo de Almanzor, cabalgó, un niño todavía, que dormía en la silla, con gran pompa militar a su encuentro. El abuelo descendió del caballo y besó la mano y el pie de este niño –como todavía ha de informarse–, a fin de que este acontecimiento.

Más adelante, el mismo historiador trata más extensamente del tema de la visita en estos términos:

Al-Mansur en persona condujo con sus hijos y combatientes la lucha contra el rey cristiano Sancho [Garcés II Abarca, de Pamplona] continuamente, hasta que éste, humilde, solicitó su perdón e imploró el favor de una audiencia personal. Al-Mansur,

que consintió en ello, triunfó en esta visita como nunca antes en un semejante acontecimiento. Él tomó preparativos para la recepción del visitante y ordenó a los diversos dignatarios estar preparados.

Cuando Sancho [Garcés] en 3 rayab del año 382 H [4 sep. 992] llegó, al-Mansur dispuso sus unidades regulares y de voluntarios a caballo, a los que había traído a az-Zahira: ¡un día de los más memorables en los sucesos del mundo! El infiel se quedó espantado; vio una muchedumbre de musulmanes, el lujo de sus armas, la magnificencia de su desfile y el poderío de su número, que él nunca pensó que el mundo pudiera contener, ni el tiempo desplegar, ni el Estado administrar.

Sancho [Garcés] encontró también, como antes se dijo, al hijo de su hija, 'Abderrahman (Sanchuelo), hijo de Almanzor, rodeado de ministros de estado, altos generales, los más importantes funcionarios de la corte y mamelucos, en el más fabuloso despliegue y el más acabado orden. Cuando sus ojos cayeron sobre el muchacho, descabalgó y le besó el pie. Se le ordenó montar de nuevo a caballo y escoltar al pequeño hasta su padre. A ambos lados del camino cubrían la carrera varias leguas de uniformes de hierro. Por doquiera centelleaban las preciosas corazas y el brillo dorado de los arneses; los campeones tenían los brazos y piernas cubiertos, dejaron colgar las hebillas y llevaban los escudos enganchados; detrás brillaban los dorados cintos de los tiradores en formación. El visitante cristiano, a quien esta vista llenó de un terror oculto, dejó vagar por todo ello su mirada; él llegó a la sala de audiencias de al-Mansur a la hora séptima.

Almanzor apareció en su entero esplendor y magnificencia. Su trono se hallaba rodeado de ministros y dignatarios, entre la puerta del salón y el portal del palacio formaban negros y eslavos una doble fila. Cuando el visitante llegó a su vista cayó de rodillas, besando el suelo, a lo que él, haciéndole señas de que se acercase, finalmente besó con sus labios repetidas veces el pie y la mano del señor del Reino, a una palabra del cual, obtuvo permiso para sentarse en una silla de oro. Y de nuevo, a una señal suya, el pueblo se dispersó, quedando el visitante a solas con al-Mansur.

Entonces pudo Almanzor entrar en materia y otorgar la merecida reprimenda, mientras el bárbaro permanecía apocado. Este último fue luego despedido. Almanzor envió a por sus ropas de Estado; con anterioridad le habían traído las monturas y la amonestación. Antes de la irrupción del crepúsculo, finalizó esta audiencia.

Esta detallada descripción de la visita y humillación de Sancho ante Almanzor, relatada en el estilo ampuloso de la lengua árabe, pródiga en adjetivos y alabanzas al poder, permite comprender, mucho mejor que las escuetas crónicas cristianas, el terror que inspiró el poder del 'amirí, con sus tropas bien pagadas, bien uniformadas y deseosas de hacer la guerra santa. Cuando alguien se rebelaba, inmediatamente le visitaba una expedición, siempre victoriosa. El espectáculo que montó Almanzor estaba copiado de los que solían hacer los califas 'Abderrahman III (912-961) y al-Hakam (961-976). Con aquella audiencia demostró que el califa, de hecho, era él y no el débil Hisham II, que era quien ostentaba la autoridad, aunque sin ejercerla.

Esta visita mereció los plácemes y las alabanzas del poeta cortesano Ibn Darray. M. Ali Makki escribe que habiendo emprendido Almanzor una campaña contra Pamplona en 992 (la de Pamplona y Galias), hizo tal impresión en Sancho de Pamplona que el mismo año se apresuró a ir a Córdoba a rendir pleitesía, como nos refiere muy deta-

lladamente Ibn al-Jatib. El poema n.º 107 de Ibn Darray, transcrito íntegramente por M. La Chica, manifiesta en el título que llegó a Almanzor la noticia de la venida de Ibn Sancho (los reyes de Pamplona son los Banu Sancho desde Sancho I), su suegro, juzgándose a sí mismo, inmediatamente después del ataque de Almanzor contra él. Entre los cincuenta versículos del poema desliza los siguientes, que transcribo literalmente:

9. Y he aquí que el gran jefe de los fetichistas ha venido para someterse y te ha tendido las manos para que tú lo juzgues.

10. Hijo de los reyes de la herejía en la cumbre de la grandeza y heredero de la realeza romana de sus antepasados.

11. Se había situado en el centro mismo de los orígenes de los Césares y había pertenecido a los más nobles reyes por parentesco próximo.

No cabe duda de que cuanto mayor aparezca la grandeza del rey navarro, mayor será la gloria de Almanzor después de haberlo visto sometido a sus pies.

Durante el año siguiente, 993, las relaciones entre Córdoba y Pamplona siguen siendo cordiales. Hay una visita de Gonzalo, hijo del rey de Pamplona, a Córdoba. Este hijo ya ha sido nombrado entre los tres varones que tuvieron Sancho y Urraca (hija esta de Fernán González de Castilla); si no fuera por el poeta Ibn Darray, ignoraríamos por completo esta circunstancia. Parece ser que el motivo del viaje era tratar de consolidar el acuerdo establecido entre su padre y Almanzor el año anterior. Nótese que la *sayyida* Abda no aparece en la relación de la visita de su padre, ni en la de su hermano; las mujeres no tenían participación en los actos solemnes de la corte califal. La versión completa del poema 117 se encuentra en la obra mencionada de La Chica Garrido, pero no añade noticias de interés histórico.

En 994 murió Sancho II Abarca, le sucedió su hijo García Sánchez II (994-1000) y las relaciones con Córdoba volvieron a enturbiarse.

7. ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DE SANCHUELO

Los dos únicos datos relativos a su infancia y adolescencia los tenemos gracias al poeta áulico Ibn Darray, que vivía y se encontraba muy a gusto en la corte de Almanzor, al que acompañaba en algunas de sus expediciones, de las que solía redactar el parte de las hazañas del dictador ‘amirí y sus invencibles ejércitos.

Posiblemente como consecuencia de una de las expediciones de Almanzor por Vasconia, cuando llegó hasta las Galias en 992, capturó en Uncastillo a una serie de guerreros de Sancho Garcés II, a los que retenía como rehenes. Se dice que eran cincuenta hombres, algunos de los cuales eran nobles y familiares del rey de Pamplona. Pero ocurrió años después que un grupo de cristianos navarros, a caballo, hizo una escapada al territorio musulmán contra las gentes de Calatayud y dieron muerte al hermano del gobernador Hakam ibn ‘Abd al-Aziz al-Tuyibí y a muchos de sus habitantes. El hecho encolerizó a Almanzor, de tal manera que ordenó cortar los cuellos de los que estaban

cautivos en Córdoba, caballeros de Ibn Sancho y algunos parientes suyos nobles, a los que había capturado en la ciudad de Uncastillo y otras ciudades de Pamplona. Y añade el poeta: «Fue su hijo ‘Abd al-Rahman ibn Al-Mansur a la puerta de la Azuda en el palacio de Córdoba y fueron cortados delante de él los cuellos de cincuenta hombres y mató ‘Abd al-Rahman con su mano a un noble de ellos, que era su tío». Y el poeta escribe a propósito de eso veintisiete versículos que son un canto a la crueldad de Almanzor y que no se pueden leer sin repugnancia. En el versículo 21 se dice: «Y aunque no sobrepasa los doce, es bastante grande para ser limitado por una comparación» (La Chica, 1979, poema 116; Makki, 1963-1964, pp. 77-78).

Esto ocurriría en el año 995, si es que Sanchuelo había nacido en 983. Y los hechos narrados pertenecerían ya al reinado de García Sánchez II (994-1000), hijo y sucesor de Sancho II.

Que Almanzor estaba decidido a convertir a sus dos hijos, ‘Abd al-Malik y ‘Abd al-Rahman, en combatientes como él, se ve con motivo de la campaña de Santiago de Compostela (verano de 997). El mismo Ibn Darray, que formó parte de la expedición, describe con minuciosidad el itinerario y las operaciones. Dedicó a la campaña no uno, sino tres poemas. El primero, dedicado al propio Almanzor; el segundo, a sus dos hijos: Abd al-Malik y Abd al-Rahman, y el tercero exclusivamente a este último (Makki, 1963-1964, pp. 72-73). Es increíble que con catorce años Sanchuelo tomase parte en la expedición bélica, pero así era su padre; posiblemente fuese bien protegido por los *qaids* y generales del ejército.

El segundo poema, dedicado a los dos hijos, informa de las devastaciones que ambos llevaron a cabo entre Lamego y los territorios de la costa, entre el río Vouga y la ría de Arousa, casi todo ello en territorio del actual Portugal. Y en la tercera poesía, dedicada exclusivamente a Abderrahman Sanchol, cita otro lugar conquistado por las armas del joven Sanchuelo. Esta población se denomina Lanyus, que Makki identifica muy acertadamente con Lanhoso (Povoa de Lanhoso), a diez kilómetros al noreste de Braga (Portugal). Aquí habrá que descontar el porcentaje de exaltación del poderoso que se percibe por lo regular en los versos cortesanos.

Y con esto damos por terminada la adolescencia. Ahora nos adentraremos en algo referente a su primera juventud, de la que citaremos solamente lo ocurrido hasta la muerte de Almanzor, cuando Sanchuelo tenía diecinueve años. Solo hay referencias de la terrible batalla de Cervera, que terminó con un resonante éxito de Almanzor, pero que estuvo a punto de llevarse por delante a todo el ejército musulmán y a su caudillo con sus hijos también. En la batalla estuvo presente Jalaf ibn Husayn, secretario (*katib*) de Almanzor y padre de Ibn Hayyan, el príncipe de los historiadores hispanoárabes, quien recogió de labios de su padre todos los incidentes de la batalla sostenida en las Peñas de Cervera el 29 de julio del año 1000. De Ibn Hayyan tomaron la información todos los historiadores que vinieron después, uno de ellos Ibn al-Jatib, al que ya nos hemos referido. La relación de la batalla de Cervera, aparte de encontrarse en la traducción de Hoenerbach al alemán (Ibn al-Jatib, 1970, pp. 168-172), se halla traducida al castellano por el arabista argentino O. Machado (1967, pp. 385-395).

Ocurrió que el conde Sancho García de Castilla (995-1017) había logrado coligarse con los reyes de León y de Pamplona, y los condes de Saldaña y Carrión (los Banu Gómez), lo cual congregó un ejército numerosísimo, a lo que no estaba acostumbrado Almanzor y que causó impresión a sus guerreros. La batalla comenzó con ventaja para los cristianos y grave peligro para los musulmanes, y cuando cundía el desorden en las filas musulmanas y cada cual iba por su lado, tuvo Almanzor la idea de cambiar de posición, con lo que desorientó a los cristianos, que creyeron que les iban a venir tropas de refresco y se replegaron, terminando la batalla en una espantosa derrota para la coalición. Pero dejemos hablar a Jalaf, el padre del historiador, en el momento álgido de la batalla:

Miró al-Mansur al grupo de hombres que estaban con él y me dijo: «Enumérame quiénes son los integrantes de mi séquito que han quedado». Contestéle: «Os los voy a nombrar», y fui mencionándolos uno por uno hasta llegar a unas veinte personas. Entonces elevó sus manos al cielo exclamando: «¡Oh Dios! Ellos me dejaron (para ir a pelear): ¡Asístelos! Ellos me privaron de su compañía: ¡Acompáñalos tú!»; y atrajo a su hijo 'Abd al-Malik, que estaba a su vera observando la batalla porque su padre no le había permitido (ir a combatir). Estrechólo contra sí y lo despidió besándolo, mientras irrumpía en fuerte llanto. Mandólo a incorporarse al ala derecha, dándole ya por perdido. Asimismo, después de 'Abd al-Malik, envió en otra dirección al hermano de éste, 'Abd al-Rahman.

Sigue el relato de Ibn Hayyan tomado literalmente de su padre, que es verdaderamente impresionante, en todo semejante al de un corresponsal de guerra en circunstancias parecidas y cuya lectura completa recomiendo.

Volviendo al tema, Sanchuelo tendría por entonces diecisiete años y ya estaba experimentado en cuestiones bélicas.

8. MUERTE DE ALMANZOR. 'ABD AL-MALIK AL-MUZAFFAR

Muhammad Ibn Abi 'Amir al-Mansur murió en la noche del lunes 28 de ramadán del año 392 H. (10 de agosto de 1002 E. C.), no se sabe el sitio exacto, en el trayecto que hay desde las tierras altas sorianas hasta Medinaceli. Tuvo que ser transportado en una litera por sus servidores, pues estaba muy enfermo; el arzobispo Ximénez de Rada, que dispuso de fuentes árabes, afirma que falleció en el valle de Bordecorex (muy cerca de Medinaceli) (1985a, lib. v, cap. XVI, p. 109; 1989, p. 208), siendo enterrado en el patio del alcázar de Medinaceli, acompañado del polvo acumulado en sus continuas batallas, que él mismo se encargaba de ir recogiendo. El transporte en litera parece ser que duró catorce días, pero él se negó a recibir auxilios médicos, convencido de que había llegado el fin de sus días. Sobre su tumba se grabaron estos dos versos:

Las huellas que ha dejado en la tierra te enseñarán su historia, como si la vieras con tus mismos ojos.

¡Por Allah!, que jamás los tiempos traerán otro que se le parezca, ni que como él defienda nuestras fronteras.

Por el contrario, en un lejano monasterio de la Castilla profunda, un anónimo monje dejó estampadas estas palabras: «Era MXL; mortuus est Almanzor, et sepultus est in inferno» (En el año 1002 murió Almanzor y fue sepultado en el infierno) (Huici, 1913, p. 33; Dozy, 1982, pp. 193-194). Dos distintas maneras de enjuiciar un mismo hecho.

Aunque la tradición afirma que «en Calatañazor perdió Almanzor su atambor», no consta que en la mencionada localidad sufriese el caudillo amirí su única y definitiva derrota. Tradición oral aparte, se puso en escrito por primera vez por autores como el Tudense y Rodrigo Ximénez de Rada en las décadas cuarta y quinta del siglo XIII. Para los escritores árabes, la campaña se dirigió hacia Canales, el río Pedroso y el monasterio, *al-Dayr* (¿San Millán de la Cogolla?), todo ello situado entre la Sierra de la Demanda y el curso inferior del Najerilla; el *hayib* se sintió muy enfermo en el regreso de la expedición (Molina, 1981, p. 263), tal vez por una artritis gotosa, y el transporte de catorce días en litera, según opinión de J. Castellanos Gómez (2003, p. 140), fue llevado a cabo de la siguiente manera: por el Puerto de Santa Inés (al oeste de Sierra Cebollera) hasta llegar a Vinuesa, Abejar, Calatañazor y La Muela. Vadeó el Duero por el Portillo de Andaluz, posiblemente hasta la fortaleza de Gormaz. Después, Berlanga de Duero, Caltojar, Bordecorex, Rello, Barahona y Medinaceli. Itinerario muy bien estudiado y que, por cierto, constituye un gran atractivo turístico, siempre por tierras sorianas.

En el momento de la muerte de Almanzor se hallaban presentes sus dos hijos, ‘Abd al-Malik y ‘Abd al-Rahman. Quiso hablar a solas con el primero de ellos, indudablemente su preferido, al que vio tan afligido que hubo de reprenderle por ello. Considerando que iba a ser su sucesor le dio una serie de consejos (Granja, 1968, pp. 25-32) que el historiador Ibn Hayyan escribió por transmisión directa de su padre Jalaf ibn Husayn, que fueron recogidos en la *Dhajira* de Ibn Bassam y en los *a'mal* de Ibn al-Jatib. Le recomendó que, una vez cumplidos los ritos de su entierro, que debía ser en Medinaceli, dejase el mando de las tropas en manos de su hermano ‘Abderrahman y emprendiese un veloz regreso a Córdoba para adelantarse a las primeras noticias que llegasen acerca de su fallecimiento, pues el primero en saber la noticia tenía que ser el califa Hisham II, quien a renglón seguido debería renovar en él el mandato y los poderes omnímodos de que gozaba Almanzor, al mismo tiempo que debería estar presto a sofocar cualquier intento de levantamiento popular que pudiera presentarse.

Y es que Almanzor sabía perfectamente que la dinastía ‘amirí era odiada por los veinticinco años de secuestro del califa legítimo en su palacio, con ocultación a su pueblo, el poder despótico de al-Mansur, la construcción de la lujosa residencia de az-Zahira y, para colmo, la perpetuidad del poder de la *dawla ‘amiriya* (la dinastía amirí) a través de sus hijos y posibles descendientes. Sabía que en cuanto sus hijos heredasen el poder, si no lo retenían por la fuerza, serían derrocados y perseguidos hasta la muerte y su palacio de az-Zahira reducido a cenizas, después del correspondiente saqueo, como, en efecto, así fue.

9. LAS CAMPAÑAS DE 'ABD AL-MALIK Y SU CORTO MANDATO (1002-1008)

Una vez en Córdoba, recibió el pésame del califa por el fallecimiento de su padre y el nombramiento de *hayib* y *saif al-dawla* (espada de la dinastía). No obstante, es conocido en la historia como Abd al-Malik *al-Muzaffar* (el Triunfador), título honorífico que, a consecuencia de una campaña victoriosa, ya casi al final de sus días, se atrevió a solicitar del califa Hisham que, naturalmente, se lo concedió. Lo primero que hizo al hacerse cargo del mando fue enviar mensajes a las provincias del imperio, en España y en África, para dar cuenta de la muerte de su padre y avisar que él se hacía cargo de los destinos del reino. Esto, en principio, pareció bien, mas según informa Al-Nuwayrí (Gaspar y Remiro, 1917, pp. 57-70), las gentes, al conocer la muerte de Almanzor, se dirigieron en multitud al alcázar califal y dijeron que eran indispensables la aparición de Hisham al-Mu'ayyad en público y la gobernación del Estado por su propia mano. Pero cuando esto supo Hisham, prefiriendo su vida reposada y tranquila, llamó a su presencia a 'Abd al-Malik, renunciando al ejercicio del mando en favor de este y le confirió todos los poderes de gobierno que había tenido su padre, y mandó a uno de sus jóvenes criados que saliese a convencer al público de que tenía mucho agrado en concederle todos los poderes a 'Abd al-Malik y que se disolviesen.

Pero el público no estaba allí para eso y tuvo que salir a apaciguarlos el propio *hayib*. No lo consiguió, al contrario, se le opusieron y fue preciso ahuyentarlos por la fuerza. Parece que con esto consiguió asentar su autoridad, pues no se tienen noticias de más revueltas populares.

A esto hay que añadir que los reinos cristianos del Norte, cuando tuvieron noticia de la muerte del tirano de Córdoba, se apresuraron a romper treguas, forzadas en la mayoría de los casos por el poderío de Almanzor, y comenzaron a hacer ataques a las fronteras de los musulmanes. En Galicia, el conde Menendo González tenía encomendada la custodia y educación del rey Alfonso V, niño de cinco años a la muerte del padre de este, Vermudo II, en 999. El conde, aprovechando la muerte de Almanzor en agosto de 1002, se apresuró a romper la alianza pactada con el caudillo 'amirí, confiando en que su hijo y sucesor 'Abd al-Malik no tendría el valor y las fuerzas necesarias para enviarle una expedición de castigo. Y, efectivamente, todavía no estaba en condiciones de hacerlo y se contentó con ordenar a los defensores de la frontera que contuviesen dichos ataques, y dirigiesen una columna contra Coimbra, otra al curso superior del río Mondego y una tercera contra León. La campaña no fue tan victoriosa como las de su padre y se contentó con pactar con arreglo a condiciones, una de las cuales pudo ser la devolución de Teresa, hermana de Alfonso V y cautiva de Almanzor, la cual murió en el monasterio ovetense de San Pelayo el 22 de abril de 1039 (Castellanos, 2003, p. 146; Lévi-Provençal, 1996, t. IV, cap. VI).

Mas no fue esta la única insurrección con rotura de pactos. En el frente catalán, una incursión de los cristianos de los condados (*Ifrany* o *francos*) llevó a sus tropas hasta Albesa, entre Balaguer y Lérida, con resultado incierto, pero amenazador para el poder islámico y el prestigio del nuevo *hayib* (Bramon, 1995, pp. 21-27). Ambos ataques, el del reino de León y el de los condados catalanes, hicieron pensar a 'Abd al-Malik que la

estrategia de su padre, a dos campañas por año, estaba bien fundamentada, no solo por imponer respeto a los cristianos, sino para afirmar su autoridad ante su propio pueblo. Había que salir de Córdoba una vez al año como mínimo.

De acuerdo con esta decisión, hizo siete campañas según unos autores, ocho según otros, entre los años 1003 y 1008. Aunque la fuente original para este período está en Ibn Hayyan, y dicha fuente está perdida, no queda otro remedio que seguir la que mejor haya recogido los hechos, que me parece que está en el *Bayan*, de Ibn Idharí al-Marrakushí (Lévi-Provençal, 1932, pp. 185-214).

Este autor opina que dirigió siete expediciones y que murió en el transcurso de la séptima, envenenado, dicen algunos, o de una angina, según otros, pero esta última expedición no debería entrar en el cómputo, pues murió en las cercanías de Córdoba, a donde hubo de volver a los dos días de salir. Brevemente daremos cuenta aquí de las campañas.

La primera fue la dirigida contra los catalanes (*Ifrany*), como represalia por el episodio de Albesa. Salió de Córdoba a mediados de junio de 1003, la primera etapa se hizo acampando en Armilat (hoy Guadalmellato), y siguiendo por Toledo se llegó a Medinaceli, donde se le juntaron algunas tropas leonesas del rey Alfonso y castellanas de Sancho García, en virtud de los pactos de vasallaje que habían firmado meses antes. Una vez descansaron en Zaragoza, pronto se encontraron en territorio enemigo y atacaron las fortalezas de *Mumaqsar* y *Madanis* (Montmagastre y Meía). Fue, según las fuentes árabes, una campaña victoriosa. Los combatientes llegaron a Lérida el 10 de agosto y a Córdoba el 6 de septiembre de 1003.

En la segunda campaña no sabemos qué objetivos se propuso ni a donde se dirigió. Solo sabemos que para 1004 no se señala ninguna expedición y la que se cita como segunda tuvo lugar en 1005, citando como cuarta la de 1006. Considerando tercera la de 1005, sabemos que se dirigió contra los Banu Gómez (Saldaña y Carrión) y los Banu Alfonso (León). Entretanto, en el año 1004, el conde de Castilla estaba enemistado con el conde gallego Menendo González por la tutoría y regencia del joven rey de León, Alfonso V, y decidieron someter a ‘Abd al-Malik a quién correspondía la tutoría; el cordobés, no queriendo implicarse demasiado en la decisión, delegó en el cadí de los cristianos de Córdoba para que estudiase el asunto, y de acuerdo con su dictamen, se dio la razón al gallego Menendo. Esto produjo un cierto orgullo entre los escritores árabes, que exaltaron el prestigio de ‘Abd al-Malik; pero Sancho rompió las relaciones, y la aceifa, segunda o tercera, según se mire, salió el 16 de julio de 1005. Wadih, el lugarteniente del *hayib*, atacó los campos de Zamora, y el ejército se trasladó después hasta cerca de las montañas asturianas, en el municipio actual de Barrios de Luna.

La campaña titulada cuarta se llamó de Pamplona, sin que al parecer se tocara esta ciudad o su territorio. Salió el 12 de julio de 1006 y, después de pasar por Zaragoza, Huesca y Barbastro, el 14 de agosto penetró en territorio enemigo. Allí se citan *Abinyunash* (¿Binués?) y *Sant Yuanish* (San Juan ¿de Matidero?); el caso es que por la documentación cristiana se sabe que penetró en Sobrarbe y Ribagorza, instalando musulmanes allí.

En el año 1007 la campaña se dirigió contra Castilla, especialmente contra Clunia; se la designó con el nombre de Campaña de la Victoria y fue la de mayor éxito. Tanto es así, que, a raíz de ello, el califa le otorgó el sobrenombre de al-Muzaffar (el Triunfador), no sin que él se lo hubiera sugerido como recompensa. Además, se le permitió el uso de la *kunya* Abu Marwan y el apelativo Saif ad-dawla (sable de la dinastía), así que, a partir de aquellas fechas, en sus mensajes podía leerse: «De parte del hayib al-Muzaffar Saif ad-dawla Abu Marwan 'Abd al-Malik ibn al-Mansur». Su hijo Muhammad (no sabemos qué edad tendría, pero él andaba por los treinta y cinco años, así que el hijo bien podría tener quince) obtuvo del califa el doble visirato, *dhul-wizaratain* y la preferencia en honores sobre todos los visires. También se le concedió usar la *kunya* de Abu 'Amir, la de su abuelo Almanzor.

Tarde llegaban estos honores, pues la vida de al-Muzaffar estaba tocando a su fin. Encabezó una expedición invernal, la única que emprendió con el mal tiempo. Partió el 12 de safar de 398 (28 de octubre de 1007) y el único detalle que nos da Ibn Idhari es que se dirigió contra la fortaleza de San Martín, que rindió al cabo de nueve días de tenaz asedio. Al rendir la fortaleza, ordenó a su hermano 'Abderrahman (Sanchuelo) y a su oficial Safi hacer salir a los resistentes y, tras reunirlos en el patio, por orden de 'Abd al-Malik, separar a mujeres y niños de los hombres adultos y pasar a estos últimos a cuchillo, repartiendo a los cautivos entre los voluntarios de la guerra santa (*ahl al-ribat*). El ejército regresó a Córdoba a mediados de diciembre de 1007, lo que hace suponer que la localidad de San Martín no estaba muy alejada de Córdoba, probablemente al sur del río Duero.

Y se llega así a la séptima expedición, la *gazuat al-illa* (expedición de la enfermedad), en el verano de 1008:

Y dijo [Ibn Hayyan]: La más grave enfermedad de 'Abd al-Malik, que fue una desdicha para el islam y como el anuncio de los males que azotaron más tarde esta religión en el país, fue la que le acometió cuando partía en 398 hacia Medinaceli, con el fin de atacar al enemigo de Allah, Sancho b. García, b. Fernando. Ella le impidió ir a su encuentro con las tropas musulmanas y le llevó a un estado crítico durante cierto tiempo, durante el cual la mayor parte de los contingentes suministrados por sus súbditos le abandonaron. Ello fue una calamidad para el islam, que se vio así privado de la fuerza de su apoyo y de su celo asiduo. Su deseo hubiera sido lanzarse contra los enemigos del islam a pesar de su debilidad, hasta llevar a cabo su campaña. Esta fue la última de las expediciones de verano que tuvieron la capital como punto de partida; 'Abd al-Malik murió y la revuelta se abatió sobre el país. Las circunstancias de esta enfermedad y de los males que a ella se siguieron son muy conocidos de las gentes.

He querido transcribir las palabras de Ibn Hayyan (988-1076), contemporáneo y testigo de estos hechos, buen amigo de la familia amirí, que expresan elocuentemente el dolor que sentían algunos cordobeses ante la caída del imperio. Pero antes de poner punto final al relato de la vida de al-Muzaffar, quiero hacer constar un detalle algo anecdótico, cuyo origen me ha hecho pensar siempre.

En el Museo de Navarra se conserva una preciosa arqueta hispanoárabe de marfil con forma de paralelepípedo y tapa en forma de pirámide truncada, labrada en los talleres de Córdoba, concretamente, según inscripción, por Farach y sus discípulos, dedicada a ‘Abd al-Malik, el hijo de Almanzor, y fechada en 1005. Esta arqueta fue a parar con el tiempo al monasterio de Leire, donde por siglos custodió en su interior las reliquias de las santas Nunilo y Alodia. Ahora bien, ¿cómo fue a parar a Leire? Se pueden hacer varias hipótesis, pero yo haré una sola: el *hayib* la llevaba en su expedición de 1006, que los árabes llaman de Pamplona, aunque se llegó a internar hasta la Ribagorza. Si pasó o no pasó por Pamplona es algo que no sabemos, pero pudo perder la valiosa arqueta en la capital navarra o por los terrenos de Sobrarbe y Ribagorza; en el caso de que fuese en estos últimos, no hay que olvidar que hacia 1018 ambos territorios estaban bajo el dominio de Sancho III el Mayor de Pamplona. Y no olvidemos tampoco el interés que este rey (1004-1035) tuvo siempre por el monasterio de Leire, cuya cripta y nueva iglesia se estaban levantando por entonces.

No tengo conocimiento de que se haya escogido como tema de investigación la forma en que tan valiosa arqueta fuese a parar al monasterio de Leire, y me gustaría conocer lo que se haya publicado sobre este particular.

10. MUERTE DE ‘ABD AL-MALIK Y BREVE JUICIO SOBRE SU MANDATO

Tal vez la circunstancia de su enfermedad hizo que en los últimos años de su vida tuviese un par de intentos de rebeldía: uno a cargo de un visir de alto poder llamado Taraafa, que intentó suplantarle en el poder, y otro por parte del visir Isa ben Sa’id, que se buscó un cómplice omeya, Hisham ben Abd al-Yabbar, nieto de Abderrahman III, para derrocar a Hisham II por incompetente y a su dominador al-Muzaffar. Descubierta el complot, en buena parte por ad-Dhulfa, la madre del *hayib*, y las mujeres de su harén, pagaron ambos el intento con su vida.

La muerte de Abd al-Malik tuvo algo de extraño, que dio lugar a habladurías entre el pueblo. Ya sabemos que su salud era muy precaria en el año 1008, que la expedición para castigar a Sancho de Castilla no obtuvo ningún fruto y que, dándose cuenta de ello, ordenó la vuelta a Córdoba, a donde llegó en septiembre de ese año. Allí se dedicó a reponer fuerzas y a encargarse de preparar otra expedición contra el castellano, que se puso en marcha en el mes de octubre. Hay discrepancias en cuanto a la fecha de partida y la de su muerte, pues el mismo Ibn Idharí da dos fechas distintas, la primera (p. 186), el viernes 8 de octubre de 1008 y la segunda (pp. 213-214), hacia el 22 de octubre, pues salió de Córdoba el 19 de octubre y después de cabalgar todo el día se sintió exhausto y le obligaron a descansar, cuando estaban en la primera etapa, junto al convento cristiano de Armilat (hoy Guadalmellato). Después, unos dos días para el transporte en litera por sus servidores hasta az-Zahira, a donde llegó ya muerto. Según otras fuentes (Al-Nuwayrî en Gaspar y Remiro, 1917, p. 62; Ibn al-Jatib en Hoenerbach, 1970, p. 197), su muerte aconteció el viernes 18 de safar del año 399 H (22 de octubre de 1008). Su hermano ‘Abd al-Rahman se encargó de todos los trámites y de un reconocimiento de su autoridad por parte de los altos dignatarios

que le estaban rodeando, lo cual se hizo sin discusión, pendiente para su ratificación de su entrevista con el califa.

Si la muerte de Almanzor había supuesto un grave problema en la corte cordobesa –su autoridad había sido indiscutible– la de al-Muzaffar suponía el final inevitable de la dinastía amirida. De carácter más apacible y tolerante que su padre, llegó a rebajar los impuestos de su pueblo, pero hubo de resistir sublevaciones de mayor entidad que las que sufrió el dictador; no obstante, cuando tuvo que aplicar mano dura, no vaciló y tenemos la prueba en la dureza que empleó con sus cautivos, tanto hombres como mujeres o niños. Dicen que se entregó al vino y a los placeres, aunque se arrepentía de sus faltas y parece que al final de su vida se corrigió bastante. En suma, hizo lo que pudo en circunstancias difíciles, y en su tiempo, desde el norte de España hasta Sigilmasa en los límites del Sahara, en las mezquitas se invocaba el nombre de Hisham al-Mu'ayyad y el imperio omeya de Córdoba alcanzó la máxima extensión de su historia.

En cuanto a su muerte, la versión oficial es que estaba muy enfermo y que murió de una angina. Pero el pueblo cordobés murmuraba que había sido envenenado por orden de su hermano Sanchuelo, con una bebida que le proporcionó por medio de un criado. Así lo dice Ibn Idharí, siempre prudente, pues copia de Ibn Hayyan, del que ya hemos dicho que era amigo de estos personajes, y no solo éste; hay quien escribió (Ibn al-Athir en Fagnan, 1898, pp. 384-385): «Murió envenenado por su hermano Abd al-Rahman, que cortó por la mitad una manzana con un cuchillo que tenía envenenada solo una parte de la hoja, y mientras que él comió la mitad sana, al-Muzaffar, sin desconfianza, comió la mitad envenenada». Esta última versión me parece exagerada y novelesca, pero el hecho es que el pueblo de Córdoba, que aborrecía a Sanchuelo, extendió la especie de boca en boca. Si de verdad estaba enfermo, ¿para qué envenenarle?

11. SANCHUELO SUBE AL PODER

Una vez cumplidos los trámites legales y religiosos para con el difunto, Sanchuelo, que ya se había encargado de reunir en el palacio de al-Zahira a los más altos dignatarios de la corte, obtuvo de estos sin discrepancias el reconocimiento de su autoridad, pendiente tan solo del nombramiento califal, y ostentó desde el primer día los títulos de *Al-Hayib al-Ma'mun al-Nasir ad-dawla* (el canciller fiel defensor de la dinastía). Pero sus súbditos le apodaban Sanchol (Sanchuelo).

La figura de Sanchuelo no despertó simpatías entre su pueblo. Para empezar, era el nieto de uno de los enemigos del Norte, el rey Sancho de Pamplona, pero es que, además, su carácter y su comportamiento en público dejaban mucho que desear, así que los escritores árabes nos han dejado un mal recuerdo de él. Véanse algunas muestras:

Le sucedió (a 'Abd al-Malik) su hermano 'Abd al-Rahman. Se tituló al-Mahdí (el Bien Encaminado), pero el pueblo le apellidaba Sanyul, es decir (el) tonto. Practicaba la mentira y la inmoralidad, mantenía con la tropa y el bajo pueblo la peor de las compañías, se entregaba asiduamente al pecado, bebía bebidas alcohólicas

públicamente, ayudaba al falso y no al verdadero, rebajaba a la gente ilustre y ensalzaba al idiota y al necio, hasta que triunfante su tontería y ligereza de cascos, llegó a reunir a la gente para su jura de sucesión al trono después de Hisham asumiendo el título de *Walí ahd al-islam* (Presunto heredero al trono del islam). Por eso se alborotaron los omeyas y un sublevado de entre ellos se alzó contra él, siguiéndole el ejército y la totalidad de la gente, hasta que mató a Sanyul y le crucificó. (Ibn al-Kardabus en Maillo, 1986, pp. 88-89).

Ibn Hazm, en su *Naqt al-'Arus* (Seco de Lucena, 1974, p. 112) dice:

'Abd al-Rahman b. Muhammad b. Abi 'Amir tomó el título de califa solo por un día, durante su razia de invierno, y cuando oyó que se pregonaba como tal, rasgó sus vestidos de alegría. Después pensó otra cosa y cambió de actitud. Este individuo es todo lo tonto que quieras.

Por su parte, al-Nuwayrî en su *Nihayat al-arab* (Gaspar y Remiro, 1917, p. 62) escribe:

(Abderrahman) era hermano de al-Muzaffar y se tituló *El-Hacheb El-Ma'mun Nasirodaula* (el canciller que presta su ayuda a la dinastía), y fue apodado Sanchol (Sanchuelo). Inauguró su gobierno con una vida desordenada y de libertinaje, saliendo de la satisfacción de un placer para entrar en otro, de unas danzas y pasiones para entregarse a otras, y llegó a hacerse pública su afición al vino y a los vicios más torpes. Después exigió a Hixem El-Moguaiyad, amenazándole de muerte si no lo hacía, que le nombrase príncipe heredero sucesor suyo, y fue grande la alarma por esta causa.

El anónimo *Dikr* (Molina, 1983, p. 191):

A su muerte (de 'Abd al-Malik) le sucedió su hermano 'Abd al-Rahman, que dio paso a la depravación y a la desvergüenza de su gobierno. Solía salir del alcázar hacia su almunia con cantores y jinetes, bebía vino públicamente y realizaba todo lo prohibido. Más tarde comenzó a amedrentar públicamente a Hisham, le hizo creer que pensaba matarlo y lo engañó hasta que consiguió que le nombrara heredero, tomando el título de Príncipe de los creyentes y el *laqab* de *al-Nasir li-din Allah*.

Ibn Jaldun en su *Kitab al-'Ibar* (Machado, 1968, p. 365) escribe:

Cuando murió al-Muzaffar asumió el gobierno su hermano 'Abd al-Rahman, que adoptó el sobrenombre de al-Nasir li-din Allah y que se ajustó a la conducta de su padre y de su hermano en cuanto al secuestro del califa Hisham, al tutelaje del mismo y al ejercicio discrecional del poder sin intervención alguna suya. Además, se le ocurrió adueñarse de las prerrogativas califales que aún le quedaban a éste, pidiéndole que le nombrara sucesor suyo, a lo cual accedió Hisham. Entonces hizo comparecer en asamblea a los grandes entre los consejeros y autoridades del Estado, siendo una jornada memorable.

A continuación se expone en la publicación del acta compromisaria, que fue redactada por Abu Hafs ibn Burd, de la que daremos conocimiento después.

Ibn al-Jatib en sus *A'mal al-alam* (Hoenerbach, 1970, pp. 199-204) no se muestra tan ofensivo, aunque, eso sí, explica con detalle los actos a los que recurrió Sanchuelo para nombrarse sucesor del califa a su muerte. Toma las informaciones de Ibn Hayyan, y ya sabemos que éste siempre fue respetuoso con los 'amiríes, sin perjuicio de poner de manifiesto sus crueldades y sus ambiciones, a la vez que exaltaba sus valores. Transcribe Ibn al-Jatib íntegramente el acta de proclamación del hayib al-Ma'mun Abd al-Rahman.

Ibn al-Atir en su *Kamil fi-l-Ta'rij* (Fagnan, 1898, p. 385) escribe:

'Abd al-Rahman, por sobrenombre al-Nasir, ocupó el lugar de su víctima, pero no marchó ni por sus huellas ni por las de su padre; se entregó al libertinaje, al vino y a los placeres. Gracias al temor que logró inspirar a al-Mu'ayyad si no se decidía a nombrarle heredero presunto, supo obtener esta designación, lo que excitó aún más el odio del pueblo y de los omeyas contra él; se sembró la desafección y la agitación contra él, de tal manera que le costó la vida.

Tampoco Ibn Idharí al-Marrakushí (siglos XIII-XIV) escapó a esta corriente general de críticas al proceder de Sanchuelo (Lévi-Provençal, 1930, p. 68). Según su traductor (Lévi-Provençal, 1996, p. 461), cuando 'Abderrahman solicitó de sus soldados la renovación del juramento de fidelidad al ver el carácter que tomaba la revolución contra él en Córdoba: «el 'amirí se había mostrado desde su advenimiento demasiado mal musulmán, para que se estuviese verdaderamente comprometido por el juramento que se le había prestado. ¿No se le había visto, un día en que un almuédano llamaba a los fieles a la oración, burlarse diciendo que sería mucho mejor que los llamase a la taberna?».

En ello abunda igualmente R. Dozy (1982, p. 214), quien lo atribuye a su vez a an-Nuwayrī (Gaspar y Remiro, 1917, p. 70).

También el arzobispo Ximénez de Rada dedicó unas palabras nada elogiosas a la sucesión de al-Muzaffar por parte de su hermano Sanchuelo. Son estas, más o menos (1985a/1793, p. 270):

A éste ('Abd al-Malik) le sucedió su hermano 'Abderrahman, al que en son de burla llamaban Sanchuelo. Era malvado y perverso, insistía en las fornicaciones y en la ebriedad y deseaba expulsar del trono a Hisham, amenazándole con la muerte si no le instituía como sucesor en el reino, quien por miedo accedió a su petición. Cuando 'Abderrahman llevaba cuatro meses y medio de gobierno, fue ejecutado por su disipación.

Aunque procede de un escritor cristiano, las fuentes de D. Rodrigo eran indudablemente árabes y suponemos que contaría con buenos traductores en Toledo en el siglo XIII.

Como puede verse, hay bastante unanimidad en los juicios de los escritores y ni uno solo habla bien de él, si exceptuamos al poeta-cronista Ibn Darray, que alaba a los dos hermanos hijos de al-Mansur, expresando su ardor en los combates cuando iban en las últimas campañas con su padre. Y no debía de ser mal combatiente Sanchuelo, como demostró en los últimos episodios de su vida. Pienso, como Dozy, que estas inculpaciones que se le hacían eran acaso aventuradas, pero lo que es cierto es que Sanchuelo no tenía el talento y la habilidad de Almanzor ni de al-Muzaffar, aunque sí que tenía la ambición de poder de estos (o más) y era de todo punto un insensato, como lo demostró cumplidamente. Pero lo cierto es que en su persona concentró todo el odio que el pueblo había acumulado contra los ‘amiríes en treinta y tres años de gobierno absoluto con secuestro del califa legítimo.

12. LA TITULACIÓN DE ‘ABDERRAHMAN IBN AL-MANSUR COMO SUCESOR AL CALIFATO

Apenas se hizo con el poder, a la muerte de su hermano, Abu-l-Mutarrif ‘Abd al-Rahman ibn Abi ‘Amir empezó a mover los hilos que le llevarían a lo que más ardientemente deseaba: ser nombrado sucesor del califa de Córdoba. Tenía tan solo veinticinco años (dieciocho menos que Hisham II), y con una audacia –e imprudencia– que no habían tenido ni su padre ni su hermano, hizo la petición y obtuvo la concesión de la forma que veremos a continuación.

Para ello, se procuró el apoyo de dos altos personajes del Estado, muy partidarios de los ‘amiríes, que eran el *cadí* de Córdoba, Ahmad ibn ‘Abd Allah ibn Dhakwan, y el secretario oficial, Ahmad ibn Burd, y les encargó, así como a otras gentes de su séquito, que le allanasen el camino. Al principio, Hisham se resistía, pues era dejar salir el trono de la familia Omeya para ir a parar a un advenedizo; pronto le hicieron disipar sus escrúpulos con el dictamen de unos alfaquíes (expertos de la ley), bien escogidos entre los partidarios del pretendiente. El acta de la investidura la redactó Ahmad ibn Burd y su texto nos lo han transmitido varios autores¹. Es un texto redactado en estilo grandilocuente, lleno de invocaciones y alabanzas diversas, que no merece la pena reproducir aquí, sino solamente dar un ligero resumen.

Empieza por comprometerse Hisham al-Mu’ayyad Billah, emir de los creyentes ante el pueblo en general y ante Dios en particular, dándole toda la fuerza de un acto contractual, preocupado por el advenimiento de la insoslayable muerte, y que ello suceda antes de dejar a este pueblo una bandera (no tenía hijos), buscando a alguien merecedor de que se le confíe tal cometido y que encarne la solución del problema, y así es como encuentra a alguien que se haga digno de ser proclamado por su religiosidad, lealtad, bondad, continencia y alejamiento de las pasiones, amor a la justicia y aproximación

1 An-Nuwayrî (Gaspar y Remiro, 1917, pp. 63-64). Ibn Bassam, *Dhajira*, varias ediciones en árabe, vol. I, pp. 84-86. Ibn Idharî, *Bayan III* (Lévi-Provençal, 1930, pp. 44-46). Ibn Jaldun (Machado, 1968, pp. 366-368). Ibn al-Jatib (Hoenerbach, 1970, pp. 201-203). Al-Maqqarî, *Analectes*, I, pp. 277-278.

a Dios en aquello que a Él satisface. Y después de recorrer los más remotos y de examinar los más próximos, no ha encontrado otro varón más digno de ser investido de la jerarquía de príncipe heredero y de confiarle después de sí el califato (nueva sarta de elogios) que el sincero y excelente Abu-l-Mutarrif 'Abd al-Rahman ibn al-Mansur ibn Abi 'Amir. Finaliza diciendo:

Sobre todo lo cual pone por testigos a Dios omnipotente y a sus ángeles, y aunque es suficiente tener a Dios por testigo, pone también por testigos a los que firman en este escrito. Y él reitera la orden y ratifica las palabras y hechos en presencia de su príncipe heredero Al-Ma'mun, Abu-l-Mutarrif 'Abderrahman ibn al-Mansur –Dios le sea propicio y bendiga su aceptación del cargo que le confiere y de la obligación que le impone–.

Y eso fue escrito en el mes de Rabi' I del año 399 (noviembre de 1008).

13. EL BREVE GOBIERNO DE 'ABDERRAHMAN SANCHUELO (noviembre 1008-febrero 1009)

El corto período de cuatro meses que disfrutó Sanchuelo como dueño absoluto del gobierno del califato, siguiendo la huella de su padre y hermano en cuanto al secuestro del califa y de sus poderes, nos es conocido por medio de los escritores musulmanes, como Nuwayrî, Maqqarî, Ibn Idharî, Ibn al-Athir, Ibn al-Jatib y algunos más, aunque todos bebieron de las fuentes suministradas por los escritos de Ibn Hayyan, contemporáneo y espectador de los sucesos, escritos que desafortunadamente están perdidos, aunque durante varios siglos pudieron ser consultados por historiadores y cronistas árabes.

Lo principal de los hechos acaecidos en este breve período se halla recogido por dos autores modernos, expertos en la lengua árabe clásica. El primero de ellos es el holandés del siglo XIX Reinhart P. Dozy (Leiden, 1820-1883), quien en su *Histoire des Musulmans d'Espagne jusqu'a la conquête de l'Andalousie par les Almoravides (711-1110)*², con un peculiar estilo literario, muy ameno, sin perjuicio de su rigor histórico, narra estos acontecimientos.

El segundo de ellos, Evariste Lévi-Provençal, pertenece ya al siglo XX. En su colaboración a la *Historia de España* de R. Menéndez-Pidal (1996, pp. 455-463) tenemos la más completa y mejor estructurada historia del período musulmán desde la invasión del 711 hasta la descomposición del califato de Córdoba en 1031. De ambos trabajos pueden extraerse los mejores datos acerca del breve tiempo del mandato de Sanchuelo (Lévi-Provençal, 1996, t. IV, pp. 455-463).

El nombramiento de Sanchuelo como príncipe heredero del califato era algo que nadie podía soportar pues, además de ser descendiente del rey navarro, su nombramiento

2 He utilizado la publicada por ediciones Turner en Madrid (Dozy, 1982, pp. 214-224).

suponía que los omeyas se veían expulsados del trono de Córdoba, y el califato correspondía a esa familia, o al menos a dinastías Quraysíes (árabes del Norte) y no a la de los Ma'afiríes (yemeníes o árabes del Sur), raza o etnia a la que pertenecían Almanzor y sus descendientes. Para colmo, la irreligiosidad y el género de vida que llevaba 'Abderrahman Sanchuelo y su clara incompetencia para el uso del poder no gustaban ni a los alfaquíes, ni a la clase media ni a las clases populares. No quedaba otro recurso que la revolución armada, pero el ejército se mantenía fiel. Se componía en gran parte de berberiscos y eslavos, que profesaban una gran devoción a al-Mansur y a 'Abd al-Malik, pues su ejercicio era la guerra y además estaban muy bien pagados.

14. LA CAMPAÑA DEL LODO Y SU FRACASO

Y entonces, Sanchuelo tuvo una idea: había que salir en expedición bélica, como hicieran su hermano y su padre. El objetivo era combatir al reino de León, cuyo rey, el joven Alfonso V, debió de llevar a cabo algún ataque al que no se había dado respuesta. Pero cometió el cordobés un gran error al salir a campaña el 14 de enero hacia las tierras leonesas. Además de esto, el conde de Castilla, el belicoso Sancho García (995-1017), según informan los *Annales Complutenses*, en 1009 había llevado a cabo una incursión por tierras musulmanas hasta llegar a Atienza y a Molina (aunque de esta incursión probablemente no le habrían llegado todavía noticias a Sanchuelo). La campaña podía esperar: en enero no se hacían expediciones al territorio de la fría Castilla. Y más cuando en Córdoba circulaban insistentes rumores de golpes de Estado a cargo de los marwaníes (omeyas) y sus partidarios.

Según escribe Lévi-Provençal, estos rebeldes marwaníes, que eran nietos o bisnietos de 'Abderrahman III al-Nasir, habían encontrado un auxiliar particularmente activo en la persona de al-Dhalifa, la madre de 'Abd al-Malik al-Muzaffar, deseosa de vengar la muerte de su hijo, al que sospechaba envenenado por instigación de Sanchuelo, la cual, por intermedio de un esclavo afecto a los amiríes, llamado Bushra, entró en contacto con los omeyas y les prometió mucho dinero, pues era muy rica. Los presuntos golpistas depositaron su confianza en un bisnieto de 'Abderrahman III, llamado Muhammad ibn Hisham ibn 'Abd al-Yabbar³, cuyo padre había sido mandado asesinar por al-Muzaffar al descubrirse su conspiración para acabar con el poderío absoluto del 'amirí y para destronar a Hisham II por incompetente y sumiso.

Pero del talante más que mediocre de 'Abderrahman Sanchuelo da idea esta noticia que he encontrado en los *A'mal* de Ibn al-Jatib (p. 208 de la trad.). Dice así el polígrafo granadino:

Abderrahman emprendió la campaña de invierno del año 399 H, que iba a decidir su ruina. El mayor de sus hijos (que sería un niño) le había advertido que tuviese cuidado con emprender esa campaña, insistiéndole acerca de una revuelta que según

3 Cfr. *supra*, p. 186.

rumores de fuentes marwaníes (omeyas) era inminente, y que un marwaní contaba con la colaboración de una parte del ejército, que ya estaba informado. Sin embargo, no hizo caso de la advertencia ni la tomó en serio. ¡Por Dios!, dijo, ¡aunque viniesen los marwaníes a mi cama y me sorprendieran en el sueño no serían capaces de levantarme! ¡Tan obstinado era en ignorar la conducta de la dinastía, a excepción sólo del inteligente y resuelto que fue al-Mansur!

Y con la ceguera que le caracterizaba y su obstinación en no seguir los consejos sensatos, ‘Abderrahman Sanchol emprendió su primera –y única– expedición contra el territorio cristiano. Antes de salir cometió otra increíble torpeza: se puso en la cabeza un turbante y ordenó a todos, dignatarios y soldados, que llevasen turbantes desde la hora de la salida de la expedición, y no los altos bonetes de diversos colores que llevaban los musulmanes españoles. Esta medida, que debió de serle inspirada por los bereberes Sinhacha y Zanata, que le acompañaban, sentó muy mal, pues en al-Andalus el turbante era propio de legistas y teólogos, y que lo exhibiesen los combatientes del pueblo parecía un ultraje hacia la religión y sus ministros.

Una vez que la expedición se hallaba en tierras leonesas, intentó provocar a su rey para que bajase de las montañas donde se había refugiado a la espera de acontecimientos, sabedor de lo que era el clima de la región en los meses de invierno; el leonés no se movió y, en efecto, los ríos bajaron desbordados y la nieve cubrió los terrenos, junto con el barro. Fue denominada «campana del lodo» y hubo que emprender la retirada. Cuando llegaron a Toledo, territorio seguro, les llegaron las noticias de la sublevación de Muhammad ben Hisham y la destrucción total de al-Zahira. La campana estaba deshecha y no nos queda más que dar cuenta del regreso de Sanchuelo y su triste final.

15. LA REVUELTA DE MUHAMMAD IBN HISHAM AL-MAHDÍ

La enorme imprudencia del amirí, emprendiendo una campana contra los cristianos en pleno invierno, sin haber consolidado antes su poder entre las fuerzas que le eran leales en Córdoba, fue la ocasión esperada para el levantamiento general contra el poder del ya desprestigiado *hayib* amirí después de su proclamación como sucesor en el califato. Muhammad ibn Hisham ibn ‘Abd al-Yabbar era el cabecilla designado por los rebeldes omeyas para desposeer del poder al último de los ‘amiríes. Desde la muerte de su padre por orden del poderoso al-Muzaffar, había permanecido oculto, rumiando su encono contra los amiríes y su desprecio al indigno representante del califato omeya. Mientras tanto, frecuentaba el trato de los individuos de las clases bajas de Córdoba y, gracias al dinero que le proporcionaba al-Dhalfa, reunió una cuadrilla de unos cuatrocientos hombres, que estaban dispuestos a saltar a una orden suya. Mas había que esperar la ocasión pues, de momento, el ejército estaba allí, y el alcázar bien protegido; la ocasión se la proporcionó Sanchuelo cuando en el mes de enero emprendió su campana de invierno (14 de enero). Faltaba ahora esperar a que llegase a territorio enemigo para activar la revuelta.

Entretanto, el ‘amirí había dejado como lugarteniente suyo para guardar el alcázar y seguir vigilando al califa a otro ‘amirí llamado Ibn Asqaleya, con el título también

de gobernador de Córdoba. Para el cuidado de al-Zahira, donde se guardaban enormes riquezas, quedaron como suplentes suyos tres personajes: el visir Ahmad ibn Sa'id ibn Hazm, el ya conocido secretario de estado Ahmad ibn Burd y el prefecto de la residencia, Abd Allah ibn Maslama, con una guarnición a sus órdenes. A oídos del gobernador Ibn Asqaleya llegaron rumores de que se gestaba una conspiración, pero el rumor era tan vago que, aunque hizo registrar muchas casas sospechosas, no pudo descubrir nada.

Muhammad había designado el martes 15 de febrero para la ejecución de su proyecto. Reunió de entre sus hombres a treinta de los más decididos y valientes, a quienes ordenó que fueran por la tarde al terraplén que había cerca del alcázar, llevándose armas ocultas bajo sus vestiduras, con la apariencia de pacíficos paseantes. «Yo iré a reunirme con vosotros una hora antes de ponerse el sol –les dijo–; pero cuidado con que hagáis nada antes de que os dé la señal». A la sazón se encontraba en el alcázar el califa, donde pasaba el invierno, y allí estaba Ibn Asqaleya con su guarnición.

Los treinta hombres acudieron a su puesto sin despertar sospechas, porque el terraplén del palacio, que daba al arrecife (*ar-rusafa*) y al río, era un paseo muy frecuentado. Muhammad hizo tomar las armas a los demás partidarios, mandándoles que estuvieran listos. Luego se montó en su mula y, habiendo llegado al terraplén, dio a sus treinta hombres la señal de precipitarse sobre la guardia de la puerta del palacio. Atacados los soldados de improviso, fueron fácilmente desarmados, y Muhammad fue corriendo al departamento de Ibn Asqaleya, que en aquel momento charlaba y bebía con dos muchachas de su harén. Antes de que tuviera tiempo de defenderse, había dejado de existir (Dozy, 1982, p. 217).

A los pocos instantes, los demás conjurados, ya avisados, empezaron a recorrer las calles gritando: «¡A las armas!». El éxito fue mayor del esperado, pues el pueblo, que esperaba la ocasión, se fue reuniendo por las calles en gran número, y a ellos se unieron campesinos de los alrededores, confluendo todos ante el alcázar, la prisión dorada de Hisham. Allí hicieron dos brechas en la muralla por las que pudieron penetrar en el recinto. El califa se hallaba desprotegido, pues la única fuerza que hubiera podido acudir en su auxilio era la que custodiaba el palacio de al-Zahira, y los encargados de ella, ante el tumulto, no se movieron, confiando en que Ibn Asqaleya podría dominar la situación con su escasa guarnición, así que cuando se enteraron de la gravedad de la situación no hicieron nada para socorrer al monarca, paralizados por el miedo.

Hisham, al ver que nadie acudía a socorrerle, optó por mandar un emisario a Muhammad, el dueño de la situación, para que le dijera que si le perdonaba la vida abdicaría en su favor, a lo cual contestó este último diciendo que él no había tomado las armas para matarlo, sino porque veía con mucho dolor que se pretendía excluir del trono a la familia omeya. Hisham podía seguir en el trono, pero si quería cedérselo a él, con mucho gusto lo aceptaría y el depuesto soberano quedaba perdonado. Así se hizo, y para ello mandó venir a algunos teólogos y notarios para que redactaran un acta de abdicación que firmó Hisham. Se hizo venir a los dignatarios, funcionarios y alfaquíes de la capital para que fueran al palacio a jurar al nuevo soberano, el cual estuvo reves-

tido de solemnidad, de acuerdo con el rito de la entronización. Muhammad adoptó el sobrenombre de al-Mahdi bi-llah, «el Bien Guiado por Dios», y pasó la noche ya en el alcázar de Córdoba como nuevo califa. De esta manera, en solo el transcurso de unas horas, el 15 de febrero de 1009 la historia de al-Andalus experimentó un cambio decisivo.

Cuando el palacio estaba siendo escalado por multitudes que entraban por el tejado y llegaban hasta los depósitos de armas, Muhammad logró poner orden e impedir los saqueos pues, al fin y al cabo, era su palacio. Instalado en la sala de recepción, pasó parte de la noche dictando consignas a los principales partidarios. A la mañana siguiente nombró primer ministro (*hayib*) a uno de sus parientes, y a otro omeya, gobernador de la capital (*sahib al-madina*). Solo quedaba ocuparse de la residencia ‘amirí de al-Zahira, antes de que llegasen las turbas para el saqueo. El prefecto de esta ciudadela, Abd Allah ibn Maslama, intentó tomar medidas para su defensa cuando ya llegaban los amotinados, y con alguna salida de la guarnición logró dispersarlos cuando ya llegaba la noche y las hostilidades se suspendieron.

Al-Mahdí permitió el saqueo por las turbas de al-Zahira, pues se le había unido buen número de hombres del pueblo que querían integrarse en el ejército, sin preparación militar, pero a los que había que recompensar por su colaboración. Para que no hubiera derramamiento de sangre, envió al frente de aquel populacho de los barrios más humildes de Córdoba a su primo paterno Abd al-Yabbar ibn al-Muguira, al que acababa de nombrar *hayib*. Los encargados de la defensa de la residencia ni siquiera hicieron un simulacro de resistencia y negociaron la entrega del palacio amirí a condición de salvar la vida, y una vez que al-Mahdí les envió por escrito su *aman* evacuaron la residencia.

El nuevo califa, interesado como el que más en el saqueo, pues tenía necesidad de hacer muchos regalos, permitió el desenfreno durante todo el día. De allí se llevaron monedas de oro y plata, piedras preciosas, alhajas, tapices, telas de brocado, y los especialistas en derribos cargaron con puertas artesonadas, ventanas, vigas, herrajes, mármoles, columnas, de forma que en dos o tres días allí no quedaban más que escombros. Ni siquiera respetaron el gineceo de Almanzor y de sus hijos. Solo se dejó de molestar a las mujeres de nacimiento libre, a las que simplemente se les indicó que debían desalojar el sitio. Las concubinas de condición servil pasaron a poder del nuevo soberano. Al-Dhalfa, la madre de al-Muzaffar, fue tratada con miramientos, pero ella ya había tomado la precaución de poner en Córdoba a buen recaudo su fortuna personal. ¿Qué sería de Abda, la madre de Sanchuelo? Sería bien tratada, pues era princesa, ¿la reexpedirían a su tierra navarra?

El incendio acabó por reducir a pavesas lo que fue la gloria de Almanzor, y se cumplió un sombrío presentimiento que él tuvo alguna vez sobre su trágico final. En la actualidad no se sabe ni siquiera donde llegó a estar situada tan regia residencia, tan solo se sabe por la memoria histórica que se hallaba al este de Córdoba, a muy poca distancia de esta población.

16. EL REGRESO Y LA EJECUCIÓN DE SANCHUELO

Cuando al-Zahira estaba convertida en un montón de ruinas, Sanchuelo todavía estaba vivo y con vanas esperanzas de recuperar el poder absoluto del que antes gozaba, pues disponía de los nutridos efectivos del ejército regular, incrementados con los guerreros bereberes y eslavos, que hasta entonces habían sido afectos a la causa de los amiríes.

Cuando, de regreso en Toledo, ya en zona segura y de descanso para las tropas, les llegaron las noticias de la insurrección de Córdoba con la proclamación de Muhammad al-Mahdí como califa, su camarilla y buena parte del ejército vieron la causa como perdida y empezaron las deserciones. Pero Sanchuelo no se daba cuenta del desastre y, tratando de estar más cerca de la capital, se encaminó a Calatrava, donde se aposentó varios días, perdiendo un tiempo precioso que le hacía falta para llegar a Córdoba y tratar de sofocar la rebelión. Allí se entretuvo pidiendo a sus soldados –los que le quedaban– que le prestasen juramento de fidelidad, a lo que se negaron diciendo que ya se lo habían prestado una vez; incluso se negaron a ello los bereberes, con los que Sanchuelo contaba y que tantos favores debían a los amiríes, en particular a Almanzor, con quien se habían enriquecido.

Las deserciones y el descontento iban en aumento. Dice el historiador Ibn Hayyan que sus soldados «pensaban que no daba más pruebas de decisión que una camella ciega». Un jefe zeneta que le acompañaba, Muhammad ibn Ya'la, cuando fue preguntado por Sanchuelo acerca de la disposición de sus soldados respecto a él, le contestó que, en su opinión y en la de su ejército, nadie estaría dispuesto a batirse por él; y estaba claro, las familias de los combatientes residían en Córdoba, y si se dedicaban ellos a luchar contra los dueños de la capital, pagarían los inocentes como si fueran rehenes.

Entretanto, al-Mahdí se había ocupado de conquistarse el favor de los habitantes de la capital, aboliendo varios impuestos establecidos recientemente por el amirí, e hizo leer en la mezquita mayor un edicto ordenando que desde el *mimbar* se lanzasen maldiciones contra el impostor.

Aunque los berberiscos seguían a su lado, de regreso a Córdoba, pero sin ligazón con él, tal era la insensatez de Sanchuelo que se empeñó en apoderarse de la ciudad, pues en Córdoba estaban sus amigos, que se levantarían como un solo hombre en cuanto supieran que él estaba en las inmediaciones, y que muchos abandonarían a al-Mahdí para unirse a él.

En estas circunstancias, Sanchuelo contaba con un solo y verdadero amigo: el conde de Carrión, García Gómez, uno de los Banu Gómez, con quien había hecho la campaña fallida, y este le aconsejó que se olvidase de Córdoba y se volviese con él, pues le daría asilo en su castillo y le defendería hasta la muerte. Tan generosa oferta fue rechazada y aún le insistió, pues una vez que el ejército se había declarado en su contra, no encontraría en Córdoba quien le ayudase. «He resuelto ir a Córdoba e iré», replicó el muy

testarudo. Y aunque parezca mentira, el conde castellano-leonés, si bien desaprobando su locura, dijo que, sucediera lo que sucediera, no le abandonaría.

Tras dar la orden de continuar la marcha, llegó Sanchuelo a una posada o albergue final de etapa, llamada Manzil Hani, que estaba a dos jornadas de Córdoba. Esa misma noche le abandonaron los bereberes, que se dirigieron a la capital, donde les recibieron con los brazos abiertos. Sanchuelo ya no podía estar más desamparado; la última esperanza que le quedaba para salvar su vida era acudir a Wadih, su lugarteniente en la frontera de Medinaceli, un eslavo afecto a los amiríes desde los tiempos de Almanzor, y eso es lo que le aconsejó su fiel amigo el conde de Carrión-Saldaña. ¿Por qué no intentó reunirse con él?

Su última esperanza: había enviado antes a Córdoba al cadí supremo Ibn Dhakwan (que había ido a la expedición bélica con él) para que pidiese su perdón, y estaba seguro de obtenerlo, siempre esperando el milagro. Ya no quedaban con Sanchuelo más que los criados de su casa y los soldados del conde, y emprendieron la marcha hacia la última etapa antes de llegar a la capital, llamada Armilat (hoy Guadalmellato), donde había un monasterio cristiano y muy cerca una *almunia* o finca de recreo. Allí se detuvieron en la tarde del jueves 3 de marzo.

Al-Mahdí había enviado a su encuentro algunos jinetes y en aquel lugar le encontraron al día siguiente, 4 de *rayab* de 399 (4 de marzo de 1009) por la mañana. Sanchuelo les preguntó qué querían, que le dejaran en paz, que ya se había sometido al nuevo gobierno. El jefe del escuadrón hizo caso omiso de la objeción y le ordenó ir con él a Córdoba, junto con el conde de Carrión. Puestos en camino, encontraron después del mediodía al *hayib* del nuevo soberano, acompañado de un destacamento bastante más considerable. Se hizo un alto y, mientras enviaban a Córdoba el harén de Sanchuelo, que se componía de setenta mujeres (¿sería posible que las llevase a la campaña?), a él le llevaron ante el ministro, y tuvo que besar el suelo varias veces ante él, hasta que alguien le gritó: «¡Besa también el casco de su caballo!». Mientras hacía todo esto, el conde de Carrión miraba en silencio la profunda humillación de aquel que se creyó el señor todopoderoso de un imperio.

Al anochecer del viernes 4 de marzo, al parar en una posada, los soldados le ataron manos y pies y él pidió una mano libre, pues le estaban lastimando. Entonces, rápidamente sacó un puñal de su borceguí, pero los soldados se lo quitaron antes de que tuviera tiempo de herirse. «Yo te ahorraré ese trabajo», le gritó el *hayib* omeya, y tirándole al suelo lo mató, cortándole después la cabeza. Lo mismo se hizo con el conde a continuación. Era el viernes 4 de marzo de 1009 después de oscurecer, sábado ya según el cómputo musulmán.

Al día siguiente, cuando los jinetes entraron en Córdoba, presentaron al califa los restos de Sanchuelo. Habiéndolo hecho embalsamar, le pisoteó con su caballo y luego le hizo clavar, vestido con una túnica y un pantalón, en una cruz colocada cerca de la puerta de palacio junto a la cabeza, que estaba en la punta de una pica. A su lado, el que había sido comandante de la guardia de Sanchol, para expiar la fidelidad que había

demostrado a su amo, debía gritar sin cesar algunas maldiciones para este y para sí mismo.

Este fue el trágico fin que tuvo la vida de Abd al-Rahman ibn Muhammad, «Sanchuelo», que sirvió de mofa al pueblo cordobés. Tenía tan solo veintiséis años y había ostentado el mandato sobre el califato por el breve período de cuatro meses menos una semana.

17. CONCLUSIONES

Aquel 15 de febrero del año 1009 en que Hisham II fue derrocado y ‘Abderrahman Ibn Muhammad Sanchuelo desposeído de su poder, se dio un vuelco a la historia de al-Andalus, del que ya no se recuperaría. En efecto, el fácil triunfo de al-Mahdí estimuló a otros omeyas, todos nietos o bisnietos de ‘Abderrahman III, y pronto tuvo un enemigo en la persona de Sulayman, primo suyo que había logrado atraerse a los berberiscos y le disputaba el poder. Al-Mahdí solicitó el auxilio de los catalanes Ermengol de Urgel y Ramón Borrell de Barcelona, que se presentaron en Córdoba con un numeroso ejército para auxiliar al cordobés, ya en el año 1010.

La batalla fue desastrosa para Sulayman, pero Ermengol, conde de Urgel, perdió la vida. El derrotado Sulayman pidió el auxilio del castellano Sancho, que también acudió. De esta manera, se cambiaron las tornas, de manera que los cristianos estaban en condiciones de exigir a los que hacía pocos años les sometían y ya no hubo ninguna etapa de claro dominio musulmán en la Península. Comenzó la *fitna*, etapa de guerras civiles, que duró desde 1009 a 1031, en cuyo período el califato de Córdoba fue destruido, la España musulmana se fue dividiendo en pequeños reinos de taifas –se llegaron a contar hasta veintiséis– que debilitaron enormemente el poder musulmán, facilitaron la reconquista del territorio por los reinos cristianos y llegaron a pagar a estos una especie de tributos llamados *parias*, lo nunca visto en anteriores siglos.

Y este cambio tan drástico en la dominación política y militar de la península acontecía muy pocos años después de la desaparición de la poderosa figura de Almanzor, a quien temían los reyes y condes de la cristiandad ibérica. La débil personalidad de Sanchuelo acabó en cuatro meses con la dinastía amirí fundada por Almanzor, la *dawla al-‘amiriya*.

18. LISTA DE REFERENCIAS

- Bariani, L. (2003). *Almanzor*. San Sebastián: Nerea.
- Bramon Planas, D. (1994). Más sobre las campañas de Almanzor. *Anaquel de Estudios Árabes*, 5, 125-128.
- Bramon Planas, D. (1995). La batalla de Albesa (25 de febrero de 1003) y la primera aceifa de ‘Abd al-Malik al-Muzaffar (verano del mismo año). *Anaquel de Estudios Árabes*, 6, 21-27.

- Cañada Juste, A. (1992). Las relaciones entre Córdoba y Pamplona en la época de Almanzor (977-1002). *Príncipe de Viana*, 196, 371-390.
- Cañada Juste, A. (1993). Nuevas propuestas para la identificación de topónimos e itinerarios en las campañas de Almanzor. *Anaquel de Estudios Árabes*, 4, 25-36.
- Cañada Juste, A. (2012). ¿Quién fue Sancho Abarca? *Príncipe de Viana*, 255, 79-131.
- Castellanos Gómez, J. (2003). *Geoestrategia de la España musulmana. Las campañas musulmanas de Almanzor*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- Conde, J. A. (1799). *Descripción de España, de Xerif Aledris*. Madrid: en la Imprenta Real, 1799 (reimp. Madrid: Linotipias Montserrat, 1980).
- Dozy, R. P. A. (1932). *Histoire des musulmans d'Espagne (711-1110)* (t. II) (ed. E. Lévi-Provençal). Leiden (contiene el t. III del *Bayan* de Ibn Idharí, donde se refiere a la historia de al-Muzaffar).
- Dozy, R. P. A. (1982). *Historia de los musulmanes de España hasta la conquista de los almorávides (711-1110)* (t. III). Madrid: Ediciones Turner.
- Fagnan E. (trad.). (1898). *Annales du Maghreb et de l'Espagne* (trad. de Ibn al-Athir, *al-Kamil*). Argel: Typographie Adolphe Jourdan.
- Gaspar y Remiro, M. (trad.). (1917). *Historia de los musulmanes de España y África* (t. I). Granada: Tipografía de «El Defensor».
- Granja, F. de la (1968). El testamento de Almanzor. En *Miscelánea ofrecida al Ilmo. Señor D. José María Lacarra* (pp. 25-32). Zaragoza: s. n.
- Hoenerbach, W. (trad.). (1970). *Islamische Geschichte Spaniens*. (trad. de Ibn al-Jatib. *A'mal al-a'lam*). Zürich: Artemis Verlag.
- Huici Miranda, A. (1913). *Chronicon Burgense. Chronica parva y otras* (pp. 27-39). Valencia.
- Jaubert, P. A. (trad.). (1836-1840, reimp. 1975). *La géographie d'Edrisi* (trad. de Al-Idrisí. *Nuzhat al-mustag*). Amsterdam: Philo Press.
- La Chica Garrido, M. (1979). *Almanzor en los poemas de Ibn Darray*. Zaragoza: Anúbar Ediciones.
- Lévi-Provençal, E. (1996). *España musulmana (711-1031)* (8.ª ed., t. IV) (Trad. E. García Gómez). Madrid: Espasa Calpe. (Historia de España, Menéndez-Pidal).
- Machado Mouret, O. (1967). Las batallas de Simancas y Cervera, descritas por Ibn al-Jatib. *Cuadernos de Historia de España*, 43-44, 385-395.
- Machado Mouret, O. (1968). Historia de los árabes de España, por Ibn Jaldun. *Cuadernos de Historia de España*, 47-48, 362-370.
- Maillo Salgado, F. (trad.). (1986). *Historia de al-Andalus*. (trad. de Ibn al-Kardabus. *Kitab al-Iktifa'*). Madrid: Ediciones Akal.
- Makki, M. A. (1963-1964). La España cristiana en el *Diwan* de Ibn Darray. *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 30, 63-104.
- Martín Duque, Á. J. (1983). *Documentación medieval de Leire (siglos IX a XII)*. Pamplona: Diputación Foral de Navarra-Institución Príncipe de Viana.
- Martín Duque, Á. J. (1990). La fundación del primer burgo navarro, Estella. *Príncipe de Viana*, 190, 317-327.
- Martín Duque, Á. J. (1999). En la Historia de España de R. Menéndez Pidal, *La España cristiana de los siglos VIII al XI. Los reinos prepirenaicos (718-1035)*. Navarra, Aragón, Cataluña (vol. VII-2, 41-266). Madrid: Espasa Calpe.

- Martínez Enamorado, V. y Torremocha Silva, A. (2001). *Almanzor y su época*. Málaga: Sarria.
- Molina Martínez, L. (1981). Las campañas de Almanzor a la luz de un nuevo texto. *Al-Qantara*, 2, 209-263.
- Molina Martínez, L. (ed. y trad.). (1983). *Dikr bilad al-Andalus, Una descripción anónima de al-Andalus* (2 vols). Madrid: CSIC, Instituto Miguel Asín.
- Ruiz Asencio, J. M. (1968). Campañas de Almanzor (977-987). Trad. de Ahmad ibn 'Umar al-Udrí, *Tarsi al-ajbar*, edic. 'Abd al-Aziz al-Ahwaní. Madrid: Instituto de Estudios Islámicos, 1965, pp. 74-80. La traducción española en *Anuario de Estudios Medievales*, 5, 56-64.
- Seco de Lucena, L. (1974). *Naqt al-Arus*, trad. de Ibn Hazm. Valencia: Anubar Ediciones. (Textos Medievales, 39).
- Ximénez de Rada, R. (1985a). *Historia de rebus Hispaniae. Opera* (pp. 5-208) (obra original publicada en 1793). Zaragoza: Anubar Ediciones.
- Ximénez de Rada, R. (1985b). *Historia arabum. Opera* (pp. 242-283) (original publicado en 1793). Zaragoza: Anubar Ediciones.
- Ximénez de Rada, R. (1989). *Historia de los hechos de España* (trad. de *Historia de rebus Hispaniae* por J. Fernández Valverde). Madrid: Alianza Editorial.

19. FUENTES ÁRABES

La fuente que ha servido de base a casi todos los historiadores musulmanes ha sido la del cordobés Ibn Hayyan (988-1076), principalmente contenida en el *Kitab al-Matin*, trabajo que recogía en sesenta volúmenes la historia de su tiempo. Está actualmente perdida en su totalidad, aunque algunos fragmentos de su obra nos han sido transmitidos por los autores que se indican a continuación. Otra obra suya, *Ajbar al-Dawlat al-Amiriyya*, totalmente perdida, se refería a la historia de los amiríes (Almanzor y sus hijos).

- Anónimo. *Dhikr bilad al-Andalus*. Compilación del siglo XIV o principios del XV por un magrebí. Cfr. Molina, L. (1983), ed. árabe (vol. I) y trad. española (vol. II).
- Ibn al-Abbar. Valenciano (1198-1260), recoge fragmentos de Ibn Hayyan en *Al-Hullat al-siyara*. Ed. parcial, R. Dozy, *Notices sur quelques manuscrits arabes*, pp. 30-260. Leiden, 1847-1851.
- Ibn al-Athir. Iraquí, de Mosul (1160-1233). *Al-Kamil fi-l-Ta'rij*, trad. Fagnan (1898).
- Ibn Bassam. De Santarem (ca. 1084-1147). En su *Dhajira* reproduce numerosas noticias de los amiríes, tomadas del *Matin* de Ibn Hayyan. Hay ediciones en El Cairo, Universidad Fuad I (1939) y en Túnez-Libia, con reimp. en Túnez, *al-Dar al-Arabiyya* (1981). No se conocen traducciones a idiomas europeos.
- Ibn Darray. De *Qastalla* (Andalucía) (958-1030), poeta y escritor, contemporáneo, amigo y panegirista de Almanzor y de sus hijos, a quienes acompañó en varias expediciones bélicas. Hay una edición de su obra poética a cargo de M. A. Makki, en árabe, *Diwan de Ibn Darray al-Qastallí*, Damasco (1961) y comentarios en español (cfr. Makki, 1963-1964). También *vid.* LaChica (1979).

- Ibn Hazm. Cordobés (994-1063). Contemporáneo de los amiríes, autor del *Naqt al-Arus*. Cfr. Seco de Lucena (1974).
- Ibn Idharí. Marroquí (m. 1320). Autor del *Bayan al-Mugrib*. Vid. Lévi-Provençal (1932), t. III, aunque también interesa el t. II, traducido por Fagnan.
- Ibn Jaldun. Tunecino, de origen sevillano (1332-1406). En su *Kitab al-Ibar*, toma sus informaciones directamente de Ibn Hayyan. Vid. Machado (1968).
- Ibn al-Jatib. Granadino, de Loja (1313-1374). Historiador muy preciso y bien documentado, extrae numerosos hechos históricos de las obras de Ibn Hayyan en sus *A' mal al-a'lam*, trad. alemana de W. Hoenerbach (1970).
- Al-Idrisí. De Ceuta (ca. 1100-1166). Descendiente de los hammudíes de la taifa de Málaga. Roger II de Sicilia le llamó a su corte en calidad de sabio. Su obra *Nuzhat al-mustag fi- ijtiraq al-afaq* es un libro de geografía e itinerarios, traducido, entre otros, por J. A. Conde (1799) y P. A. Jaubert (reimp. 1975).
- Al-Maqqarí. Natural de Tlemecén (ca. 1590-1631). Su obra *Nafh al-tib* también trata de la época amirida. Se utiliza la obra de P. de Gayangos, traducida al inglés, *The history of the muhammedan dynasties in Spain*, Londres (1840-1843). Reimp. Nueva York (1964).
- Al-Nuwayrí. Egipcio (1278-1332). Su obra *Nihayat al-arab* es una enciclopedia. Su parte histórica española está traducida por M. Gaspar y Remiro (1917).
- Al-Udrí. Almeriense (1003-1085). Viajero por la península ibérica, aporta noticias independientes de las que suministra Ibn Hayyan. Vid. Ruiz Asencio (1968).

